

"DIMENSIÓN IMPOSIBLE

LAW SPACE

«Dimension imposible»

Law Space

Colección Espacio el Mundo Futuro/131

CAPÍTULO I

ESTABA demasiado excitado para darse cuenta que la hora de la cita se le echaba encima. Y, sin embargo, aquella cita era para él algo, si no tan importante, como lo que estaba haciendo, fundamental para su vida.

Claro que es que hubiese hecho muy bien olvidando la cita; pero ¿qué puede saber un hombre como Harvey Taylor? Fuera de sus profundos estudios de física, que le habían llevado a la edad de treinta y tres años a ser uno de los hombres más valiosos de la ciencia norteamericana, Taylor estaba en la vida con la misma sensación de pueril inconsciencia que un niño de cuatro años.

Fuera de sus investigaciones, el resto del mundo ocupaba un lugar postergado, como si la realidad que lo rodeaba no lo fuese ante sus ojos miopes, que se movían con luces de intensidad variable detrás de los gruesos cristales de sus gafas montadas al aire.

Rectifiquemos: de todo aquel mundo, que parecía envuelto en la niebla que le prestaba la indiferencia de Taylor, sólo una cosa había emergido, con una intensidad que se da solamente en aquellos espíritus que, tras una juventud dedicada al estudio, sienten la presencia de lo biológico como una sorpresa maravillosa.

La sorpresa aconteció en circunstancias banales para ella y extraordinarias para él.

Porque ¿cómo podía ser de otra manera sí Harvey había encontrado a

una mujer como Suzan Komerek?

Para hombres dotados de una experiencia amorosa que hubiese hecho enrojecer al buenazo de Taylor, Suzan merecía una serie de adjetivos en los que los superlativos no constituían ninguna clase de exageración, sino una normal y lógica justicia. Por eso los efectos que la aparición de la muchacha produjeron en el ánimo del físico hubieran tenido que ser calculados con aquellas fórmulas, habituales para él, que definen las archiconocidas «reacciones en cadena».

Había hecho todo.

Abandonar el laboratorio, dejado en suspenso cálculos y experimentos y, cosa verdaderamente inconcebible en él, ocuparse de su persona, acicalarse y poner cuidado, cosa insólita, en la realización de algo tan secundario como el nudo de la corbata.

Al Lovett, su sufrido ayuda de cámara, había sufrido horriblemente al ver el súbito cambio que experimentaba su señor. Diez años a su lado le habían hecho creer que era tan inmutable como las Leyes que manejaba; pero, después de todo aquello, Lovett empezó a dudar de un buen montón de cosas en las que hasta entonces había creído a pies juntillas.

Taylor había visto una docena de veces a Suzan y hablado solamente dos con ella. Pero, después de muchas dificultades, sobre todo de tipo oratorio, en el que el joven físico era verdaderamente fatal, había logrado una entrevista, que iba a darle ocasión para decir a la muchacha todo lo que sentía por ella.

En aquel momento, Harvey Taylor contemplaba el largo tubo de su aparato y el perdigón, que había sacado de un cartucho de caza, que yacía sobre la platina metálica. Parecía como si el tubo apuntase, como un formidable cañón, a aquella minúscula esfera.

Detrás del tubo, la cámara era grande, casi de dos metros de lado y se cerraba automáticamente desde fuera. Sobre ella, los cables, reactores, transformadores y reostatos formaban un complejo enjambre de objetos, que iban a terminar en la pila atómica, situada al otro lado de una pared, reforzada fuertemente con una espesa capa de plomo.

Al Lovett, rígidamente colocado a un lado de la máquina, miraba atentamente a su joven señor.

Tenía una vaga idea de aquel experimento, en el que el sabio llevaba trabajando casi ocho años; pero, la verdad, hubiese sido incapaz de

decir de qué se trataba, aunque sospechaba que era un asunto de la mayor importancia.

Lovett hubiese tenido que decir a su amo que no faltaban más que diez minutos para la cita con la señorita Suzan; pero el mayordomo no ignoraba, por otra parte, que aquel brillo intenso de las pupilas de Taylor significaba que estaba llegando al final de un largo y penoso esfuerzo de investigación.

Fue en aquel momento cuando Harvey se volvió hacia él e inquirió:

—¿Lo conseguiremos, Al?

—Seguro, señor.

—¡Ojalá! Llevo mucho tiempo preocupado por este asunto... ¿Es que no te das cuenta, amigo mío?

—¿Yo?

Taylor sonrió.

—Es verdad... ¡Feliz tú que te hallas fuera de este problema! Hasta mis compañeros de estudio, los otros físicos, me tomarían por loco si les hablase de que estoy intentando reducir casi a cero los espacios intermoleculares.

Miró fijamente a su criado.

—Tu cuerpo, Al, como el de todos los seres vivos, y también como el de los inanimados, está formado por moléculas, pequeñísimas partículas separadas por espacios, que por tal motivo se llaman intermoleculares... Ellos son responsables de tu volumen, Al, de que ocupes esa porción de espacio que te pertenece exclusivamente. ¿Qué pasaría si suprimiésemos los espacios intermoleculares, Lovett?

—Lo ignoro, señor.

—Tus moléculas se juntarían, formando una sola... ¿Te das cuenta?

—Muy poco; lo confieso.

—Comprendo. Voy a ser más explícito. Al hacer desaparecer todo el vacío intermolecular que posees, disminuiría insensiblemente de tamaño, hasta no ser más que molécula.

Al se atrevió a preguntar:

—¿Y qué tamaño tendría, señor?

—¡Pequeñísimo! ¿Has visto ese perdigón, que no es más que una minúscula bolsa de acero?

—Sí.

—¡Pues tiene millones de billones de moléculas! Tú serías amigo mío, infinitamente más pequeño que ese perdigón... ¿Te lo imaginas?

—Perfectamente, señor.

Al lanzó una mirada al reloj colgado en la pared: faltaban ocho minutos para la cita.

—Me permito insinuar al señor...

—¡Deja, Al! Deja que piense, pues creo que cometo un error al decir que llegarías al estado de una molécula... Es muy posible que, al suprimir todo el espacio, hiciésemos desaparecer de su cortejo de partículas negativas... ¡Y serías mucho más pequeño que un átomo!

Y después de un corto silencio continuó:

—¿Qué dimensión fantásticamente pequeña llegarías a poseer, Al?

—Lo ignoro, señor. Y creo que lo ignoraría siempre, porque habría dejado de vivir.

Taylor se volvió hacia él.

—¿Dejar de vivir? ¿Por qué? ¡Eso es, precisamente, lo que estoy seguro de lograr! La reducción violenta del tamaño te llevaría a conservar la forma, amigo mío... ¡No morirías!

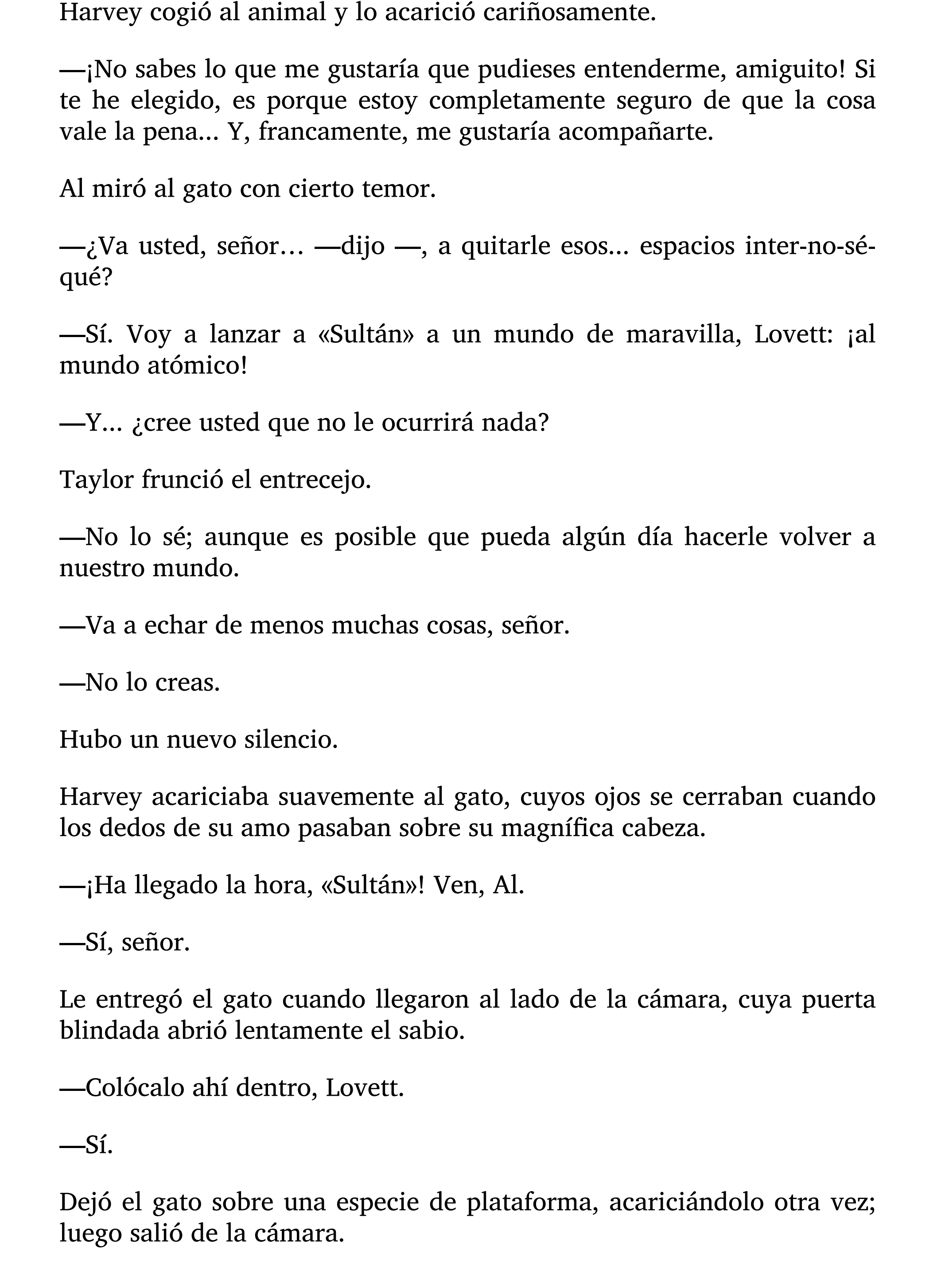
Se frotó las manos y siguió:

—¡Va verás! Hace tiempo que deseaba realizar esto; aunque, naturalmente, nunca lo haré con un ser humano... ¡Trae a «Sultán», Al!

—¿Al gato?

—Sí. El será el ser privilegiado que hará el primer viaje a lo infinitamente pequeño.

Encogiéndose ligeramente de hombros, Lovett salió del laboratorio,



regresando poco después con un hermoso gato de Angora.

—Aquí está «Sultán», señor.

Harvey cogió al animal y lo acarició cariñosamente.

—¡No sabes lo que me gustaría que pudieses entenderme, amiguito! Si te he elegido, es porque estoy completamente seguro de que la cosa vale la pena... Y, francamente, me gustaría acompañarte.

Al miró al gato con cierto temor.

—¿Va usted, señor… —dijo —, a quitarle esos... espacios inter-no-sé-qué?

—Sí. Voy a lanzar a «Sultán» a un mundo de maravilla, Lovett: ¡al mundo atómico!

—Y... ¿cree usted que no le ocurrirá nada?

Taylor frunció el entrecejo.

—No lo sé; aunque es posible que pueda algún día hacerle volver a nuestro mundo.

—Va a echar de menos muchas cosas, señor.

—No lo creas.

Hubo un nuevo silencio.

Harvey acariciaba suavemente al gato, cuyos ojos se cerraban cuando los dedos de su amo pasaban sobre su magnífica cabeza.

—¡Ha llegado la hora, «Sultán»! Ven, Al.

—Sí, señor.

Le entregó el gato cuando llegaron al lado de la cámara, cuya puerta blindada abrió lentamente el sabio.

—Colócalo ahí dentro, Lovett.

—Sí.

Dejó el gato sobre una especie de plataforma, acariciándolo otra vez; luego salió de la cámara.

—Ya está, señor.

Harvey aprobó:

—Perfectamente.

Lovett cerró la cámara, dirigiéndose hacia los mandos de los complejos aparatos que la rodeaban.

Poco a poco, un zumbido creciente aplastó el silencio que reinaba en el laboratorio. Chispas y arcos voltaicos saltaban, en culebrinas azules, de uno a otro electrodo.

Lovett retrocedió, un tanto asustado.

La intensidad del rumor creció hasta alcanzar un grado casi intolerable. Pálido, el criado lo olvidó todo, hasta la hora de aquella cita que se proponía, al entrar en el laboratorio, recordar a su señor.

Este seguía atentamente las oscilaciones de las docenas de agujas que bailaban con frenesí en sus semicírculos, cuajados de cifras. Abriendo y cerrando contactos, moviendo palancas, iba coordinando las formidables energías que producía, en aquellos momentos, la sobreexcitada pila atómica.

Luego el rumor se fue apagando.

Taylor señaló la extremidad más próxima del tubo, que se afilaba hasta adoptar la forma de un embudo. El otro extremo estaba empotrado en la cámara.

—Pronto verás una chispa que sale de ahí —indicó.

—¿Qué significará, señor?

—Esa chispa será «Sultán».

—¿Eh?

—Sí, Lovett… Más que chispa, será una minúscula luminosidad, algo realmente pequeño.

—Pero… ¿y el gato?

—Se habrá convertido en algo infinitamente pequeño… que penetrará en el perdigón. Ese será su mundo…

—¡Morirá!

—No seas testarudo, Al… ¿Por qué habría de morir? Reducido al estado molecular o atómico, quizá intraatómico, «Sultán» se acomodará mejor a una nueva existencia.

Una lámpara roja se encendió sobre el cuadro.

—¡Atención, Al¡ La chispa pasará de un instante a otro.

El criado se quedó observando atentamente el negro orificio del tubo, preguntándose cómo demonio haría Taylor para hacer pasar por allí el cuerpo voluminoso de «Sultán». En cuanto a «meter» al gato en aquel perdigón… ¡Bah! Indudablemente el joven físico debía estar soñando.

—¡Mira!

Lo vio perfectamente. Una minúscula luminosidad que salió disparada como un rayo del estrecho tubo, proyectándose contra la esfera metálica, en la que desapareció tan rápidamente como había llegado.

—¡Buen viaje, «Sultán»! —exclamó Taylor, sin percatarse de lo cómico de aquella exclamación.

—¿Quiere usted decir, señor, que «Sultán» está… ahí dentro?

—Ven.

Retrocedieron y Harvey abrió la cámara blindada. El gato no estaba allí y Lovett tuvo que aceptar que nadie podía escapar de aquella prisión de acero.

—¿Lo ves?

—Sí.

Había algo en aquella afirmación, que Taylor sintió como una punzada.

—No te preocupes por el gato, Al —dijo, poniendo una mano sobre el hombro del ayuda de cámara—; nada le ha ocurrido de malo.

— Eso espero.

El joven profesor levantó la mirada hacia el reloj distraídamente; pero, en aquel instante, una sencilla asociación de ideas le hizo tomar contacto con la realidad.

—¡La cita!

—Quise advertirle antes, señor...

—¡Rápido, Al! Cerremos el laboratorio... ¡Voy a vestirme!

Y no te vayas muy lejos: esos nudos de corbata me ponen frenético.

Subieron, al piso de arriba y Harvey empezó a vestirse precipitadamente, ayudado por el fiel Lovett, que había escogido un traje de cuadros, ni demasiado serio ni demasiado juvenil, en consonancia con la calidad de la cita que su amo tenía.

Una vez anudada la corbata y repasada la totalidad de la indumentaria, Al se determinó a asentir con la cabeza, signo que indicaba que todo estaba en orden.

—¿Hemos cerrado el laboratorio, Lovett?

—Sí, señor.

—¿Y la llave?

—La ha dejado usted en el bolsillo de la bata —dijo el criado, señalando la prenda que había quedado sobre el lecho.

—No tengo tiempo, amigo mío... Sácala y ponla en la caja fuerte... ¿Recuerdas la combinación?

—Sí: «Electrón-235A».

—Muy bien. Me voy.

Se dejó acompañar por el criado hasta la puerta.

—¿Saco el coche, señor?

—No. Tomaré un taxi. Me han dicho que no es correcto ir a una cita con un coche propio... No está bien visto.

Lovett sonrió.

—Está bien. Voy a llamar a un taxi.

Había una parada cien metros más allá y pronto regresó el criado en un taxi, que se llevó al joven profesor hacia el centro de la ciudad.

CAPÍTULO II

El «Paladium» era un sitio «chic», un bar restaurante situado en el centro de Wellington Square, un sitio que, a pesar de ser céntrico, estaba rodeado de arboleda y daba la impresión de hallarse a mil millas de la ciudad.

Cuando Taylor penetró en el «Paladium», lo hizo precipitadamente, como una tromba, dirigiéndose hacia el lugar donde Suzan debía esperarle.

Pero, naturalmente, no había nadie.

Echó una desesperada ojeada al reloj del local, comprobando después que el suyo de pulsera señalaba exactamente la misma hora.

Habían pasado veinte minutos.

Aplastado por aquella desagradable realidad, Harvey empezó a caminar hacia la salida.

—¡Señor!

Se volvió rápido.

Un camarero se acercaba a él. Cuando estuvo a su lado, bosquejó una amable inclinación.

—¿Es usted el profesor Taylor, señor?

—Sí.

—Tengo un recado para usted.

Los ojos de Taylor se encandilaron.

—¿Para... mí? —balbuceó.

—¿No estaba usted citado con la señorita Komerek?

—Sí.

—La señorita ha dejado un recado… Esperó demasiado, señor…

Había un tono de amable reproche en fa voz del camarero, y Harvey bajó los ojos, avergonzado.

—Ya sé… —musitó.

—La señorita Komerek ha dicho que la encontraría en casa de míster Pruch.

—¿Míster qué?

—Pruch. ¿No le conoce, señor?

—En absoluto.

—Me extraña: es el mejor «rugbyman» de los Estados Unidos.

—¡Ah, un deportista!

—¡Y qué deportista, señor!

El cerebro de Taylor se movía trabajosamente.

—¿Y la señorita Komerek conoce… a ese caballero?

—¡Perfectamente! En realidad, quizá saliéndome de mis atribuciones, pero con la sola idea de serle útil, puedo decirle, confidencialmente, que Max y la joven… ¿me entiende…? Lo que quiero decir es que Max está detrás de ella, como si fuera el balón ovalado… ¡Y perdone el señor las comparaciones!

—Comprendo, amigo mío. En pocas palabras: Max Pruch está enamorado de Suzan.

—Eso es.

—Bien. ¿Y dónde habita ese portento del balón?

—756, Main Street, señor.

—Estupendo,

Taylor sacó un billete de diez dólares y se lo tendió al explícito camarero.

—¡Muchas gracias, señor Taylor!

—De nada.

Le fue un poco más difícil encontrar un taxi en aquella parte agitada de la ciudad; pero, cuando lo logró, prometió una buena propina al conductor para que le llevase rápidamente.

El 756 de Main Street, un barrio residencial y tranquilo, era un edificio de doce pisos, cada uno de ellos formado por un apartamento para gente rica.

El uniformado portero llevó al profesor hasta el ascensor, diciéndole, antes de cerrar las puertas:

—Es en la azotea, señor... ¡Menuda juerguecita tienen formada! Por el número de botellas que han subido esta tarde, creo que van a llenar la piscina de bebidas.

Taylor enarcó el entrecejo.

—Bien —se limitó a decir, por todo comentario.

Y entró en el ascensor.

Cuando llegó a la última planta, se dio cuenta de que el portero no había exagerado. Un estrépito formidable surgía de la entreabierta puerta del apartamento de Max, donde alguien animaba con un «saxo» las locuras que debían de estar cometiéndose.

Harvey empujó la puerta.

Nadie hizo caso de su aparición. Mujeres y hombres formaban alrededor de dos jóvenes que, con el torso desnudo, se estaban propinando una formidable paliza.

Se golpeaban con saña y uno de ellos, el más delgado, tenía un ojo negro y sangraba abundantemente por la boca.

—¡Dale más, Pruch!

Taylor miró curiosamente a su rival, que era el más fuerte de los dos adversarios.

La potencia muscular de aquel hombre le sobrecogió.

En realidad, Harvey Taylor no estaba acostumbrado a fijarse en el desarrollo físico de los humanos. Para él, la importancia estaba muy lejos de allí, en el mundo escondido de las moléculas y los átomos.

Quizá por eso, en la Universidad, brilló por su completa ausencia en los campos de deportes, prefiriendo los laboratorios a las hazañas sobre el césped.

Pero en esta ocasión, movido por la obligación de considerarlo todo, se fijó en aquel cuerpo de atleta, quedando sinceramente maravillado.

—¿Por qué pelean? —inquirió al más próximo de los asistentes a la lucha.

—Los dos están locos por Suzan.

Taylor se estremeció.

¡Así que aquél era el motivo de la pelea!

Pero, ¿qué clase de personas eran aquéllas?

Sin poderlo remediar, el profesor recordó las páginas de la Historia Natural y, sin darse cuenta, asoció aquella lucha con la de los ciervos machos en la época del celo.

Volvió a estremecerse.

Justamente, en aquel momento, Max terminaba con su adversario, al que propinó un definitivo directo, dejándolo exánime en el suelo.

Una ovación cerrada premió el triunfo de Pruch.

—Entonces —¡cosa más inconcebible todavía! —, Suzan salió de la fila, acercándose a Max, al que ofreció generosamente sus labios; es decir, iba a ofrecérselos cuando la voz aguda, irritada, de Taylor, cortó en seco aquella escena abominable.

—¡Señorita Komerek!

La joven se detuvo en una postura que debió antojarse cómica para los que esperaban un desenlace normal; pero, indudablemente, lo cómico no hizo ninguna gracia a Max que, volviéndose furiosamente hacia el intruso, preguntó:

—¿Quién es ese pelele, Suzan?

La joven, tan sorprendida como él, se volvió hacia Harvey, exclamando, con una sonrisa divertida en los labios:

—¡Pero si es el profesor Taylor!

—¿«Eso» es un profesor?

Alguien rió junto a Taylor, que estaba bastante molesto.

—Es curioso —dijo Suzan—; pero todos mis pretendientes se reúnen aquí esta tarde. Aunque el profesor sea el único que me haya dejado plantada media hora en el «Paladium».

— ¿Eh? ¿Qué ese pelele te ha dejado plantada?

—¡No, Max!

Fue inútil.

Una especie de horrenda avalancha cayó sobre Taylor, que no esperaba, ni mucho menos, tan artero ataque. El puño de Max lo cogió al vuelo en el mentón, y Harvey se hundió velozmente en la inconsciencia, único medio de escapar positivamente a la cólera de su adversario.

* * *

Le dolía atrozmente la cabeza.

Con un pequeño movimiento logró deshacerse de la bolsa de hielo que le habían colocado sobre la frente; después abrió los ojos y vio la preocupada faz de Lovett, que le miraba desesperadamente.

—¿Mejor, señor?

—Un poco.

Y después de una pausa:

—¿Qué ha pasado, Al? ¿Dónde me encuentro?

—En su lecho, señor. Le trajo la señorita Komerek en su coche. Estaba usted sin conocimiento.

—Sí, creo que ya recuerdo… Aquella bestia me golpeó.

—¿Quién?

—Max Pruch.

—¿Max? ¡No es posible!

—¿También le conoces?

—¿Y quién no, señor? Es el…

—… mejor «rugbyman» de los Estados Unidos. Ya lo sé.

A Al le hubiese gustado decir que había estado en el último «match» en que intervino Pruch y que estuvo al lado de Mary, pero se abstuvo.

Haciendo un esfuerzo, Taylor se levantó.

—Abre el laboratorio. Bajaré en seguida; voy a lavarme un poco.

Como ocurrió antes con Dorothy, Marlen, Joan, Isabella, Mimi, Greta…

—¡Detente, por favor! Estábamos hablando de rivales…

—Eso es.

—¿Qué hiciste con ellos?

—¡Destruirlos! Les eché a patadas, para que no se molestasen en volver.

—Eso es lo que, aproximadamente, han hecho conmigo; pero no divaguemos… Si te encontrases con un rival más fuerte que tú, que hiciese imposible prácticamente la revancha cara a cara… ¿qué harías, Lovett?

—Le atacaría por la espalda, señor… ¡Todo antes que renunciar a mi amada!

—¡Bravo! ¡Bravísimo! Eso era, precisamente, lo que deseaba saber.

Miró intensamente a su criado.

—Ahora, otra cosa, Al.

—Usted dirá, señor.

—¿Me ayudarías… si me encontrase en una situación… digamos desagradable?

—El señor puede contar conmigo.

—¿De verdad?

—Completamente, señor.

Harvey dudó unos momentos; después, decidiéndose:

—Escucha, Lovett: ya sabes mi… inclinación hacia la señorita Komerek. Me conoces demasiado para saber que no soy un hombre que ceda fácilmente ante las dificultades; estoy acostumbrado a luchar contra ellas y el descubrimiento que he hecho hace poco, y que sólo tú conoces, es una demostración de tal aserto.

»Mi rival se ha impuesto, por el momento, apoyado por su brutal fuerza física. Yo no soy un hombre acostumbrado a la pelea, si no es en contra de los problemas científicos… Pero, sin saberlo, he descubierto un arma poderosa que puede ayudarme en estas especiales circunstancias… ¿Me entiendes?

—Apenas, señor.

—Seré más explícito: quiero deshacerme de ese rival, Al.

—¿Cómo piensa hacerlo el señor?

—Haciendo que venga aquí, simplemente, como un invitado.

—¿Y después?

—Engañándole y haciéndole penetrar en la cámara blindada. Tendré todo preparado y el mecanismo se pondrá a funcionar automáticamente en cuanto cierre la puerta de la cámara…

—¡Señor!

Taylor miró a su criado.

—¿Qué te ocurre?

—Que creo haber entendido perfectamente; usted desea enviar a su rival en compañía de «Sultán»… ¿no es eso?

—Sí.

Hubo un largo silencio.

Lovett estaba agitadísimo, mientras cien ideas distintas y contradictorias revoloteaban por su cerebro. No hubiese creído nunca que el profesor fuese capaz de llegar hasta el asesinato para conservar el amor de Suzan Komerek; pero, hombre habituado a las lides del amor, Al comprendía perfectamente la violenta reacción de aquel hombrecillo, que se consideraba incapaz de vencer a su poderoso rival en el campo de la pelea normal.

—Espero tu respuesta, Lovett.

Volvió a estremecerse.

Ya le había parecido bastante fantástico lo del gato... ¡pero meter a un hombre en aquel perdigón de acero!

Tragó saliva, con aparente dificultad; después, reuniendo todas sus fuerzas, que habían amenazado abandonarle, respondió:

—El señor puede contar conmigo —dijo, con voz apenas audible.

—¡Gracias, Lovett! ¡No esperaba menos de ti!

Y después de abrazar a su ayuda de cámara:

—Le haremos venir por cualquier motivo... espera, creo que tengo un cebo del que no podrá inhibirse. ¿Y si dijésemos que, a consecuencia del golpe que me dio me encuentro malparado? No podrá negar una visita a su víctima, sobre todo si ésta se lo pide... ¡Eso es! Vendrá, tú le pasarás al laboratorio y yo ya me encargaré de hacer que entre en la cámara, por cualquier fútil motivo...

Sus ojos brillaban peligrosamente.

—Y... una vez dentro, me limitaré a cerrar la puerta, que toda su fuerza será incapaz siquiera de mover... El super-reductor se pondrá en marcha y ese petulante deportista pasará a un mundo nuevo, donde es posible que los «rugbymen» no tengan una cotización tan alta como en esta estúpida sociedad americana del siglo XX. Y Suzan será mía.

Al se percató, en aquel instante, del alcance de la pasión que Taylor sentía por la muchacha. Hasta entonces, no se había dado cuenta exacta, ya que, normalmente, el profesor era un hombre frío para las cosas humanas, y desde el punto de vista de su criado, incapaz de sentir pasión más que por las enrevesadas fórmulas que manejaba con tanto placer.

Pero, indudablemente, algo había cambiado en el interior de aquel hombre de ciencia, convirtiéndole en una persona corriente, en manos de una pasión que le consumía, como a otro cualquiera.

—¿Cuándo quiere que llamemos al... rival?

—¡Ahora mismo, Lovett! ¡Cuanto antes, mejor! ¿No te das cuenta de que estará preocupado al recibir el recado? Puedes decir que tu amo está muy mal y que desearía hablar con él antes de que lleguen los médicos que han sido llamados a consulta. Creerá, evidentemente, que estos doctores han sido requeridos para establecer un examen pericial sobre mis lesiones... y tendrá miedo. Eso le hará venir inmediatamente... Yo voy a prepararlo todo...

CAPÍTULO III

Lovett estaba nervioso, excitado como nunca.

Acababa de telefonear a Max Pruch y había recibido una contestación amable, dándose cuenta de que el cebo utilizado por el profesor había servido maravillosamente.

—Iré en seguida a ver al profesor... —había dicho Pruch—. Y dígale que lamento mucho lo ocurrido; francamente, me puse furioso y no pude dominarme. Además, estaba un poco bebido...

Y después, con voz ansiosa, inquirió:

—¿No será grave, verdad?

—No puedo decirlo, señor Pruch... El médico de cabecera ha solicitado consulta con tres colegas más. Ya sabe usted que el profesor es un hombre muy delicado...

—Bien. Voy rápidamente.

Lovett había colgado, convencido de haber hecho algo esencialmente malo, ya que aquel hombre parecía sinceramente arrepentido de lo que había hecho a Taylor.

Bajó al laboratorio, comunicando el resultado de la conferencia a su

amo. Los ojos de Taylor brillaban como ascuas.

—Bien... bien... bien... ¿Qué sería de nosotros, Lovett, si la fuerza fuese la única arma en el mundo?

Al prefirió no decir nada.

Estaba consternado y deseaba que nada de aquello hubiera ocurrido. Lanzó una desesperada mirada hacia la cámara blindada e incapaz de estar allí por más tiempo, preguntó:

—¿Necesita algo más, señor? — inquirió.

—No... Ya conoces tu deber, Lovett. En cuanto ese presumido haya llegado lo pasas aquí... Ya me encargaré yo de lo demás.

—Bien.

Lovett salió del laboratorio, dirigiéndose hacia el vestíbulo, en uno de cuyos sillones se dejó caer.

«Vas a convertirte, de un momento a otro —pensó—, en el cómplice de un asesinato perfecto. Porque nadie podrá acusar al profesor, ya que nadie es capaz de hallar el "cadáver", si es que tal cosa existe. Y lo malo es que Taylor puede acostumbrarse a esta cómoda manera de "eliminar" gente... ¿Estás sirviendo a un loco peligroso, Lovett, y no te has dado cuenta aún?»

El timbre de la calle le hizo dar un salto, cortando de raíz todas sus ideas.

Avanzó con rapidez hacia la puerta de entrada, abrió y se quedó parado, con los ojos fijos en las dos personas que tenía ante sí.

Una, sin ningún genero de dudas, era Max Pruch, cuya imagen había visto fotografiada mil veces y otras mil en la pantalla de la televisión. La otra... también la conocía, pero no la esperaba ni remotamente.

¡Suzan Komerek!

Entraron y el deportista se encaró con él:

—¿Dónde está ese birria de hombre?

Suzan intervino, sonriendo:

—No hables así, Max. Ya sabes que Taylor es una excelente persona.

—¡Pero si estoy deseando estrecharle entre mis brazos, Suzan; te lo juro!

—Pórtate bien; te lo ruego.

—De acuerdo… ¿Dónde está el profesor, amigo?

—Voy a acompañarles… Está en el laboratorio.

Suzan se alarmó.

—¿Cómo? ¿Se ha levantado? ¿No ha hecho caso a los doctores?

Lovett sintió que la confusión de aquella situación le iba a impedir hablar; pero, haciendo un sobrehumano esfuerzo, respondió:

—Ya sabe usted, señorita, que el profesor es incapaz de abandonar sus trabajos.

—¡Ya empieza a caerme simpático ese tipo! —exclamó Max —, ¡Así me gustan los hombres: siempre dispuestos a llevar a cabo lo que se proponen! Vamos a ver a tu «profe», querida.

Al les precedió, conduciéndolos hasta el laboratorio.

En circunstancias normales, se hubiera adelantado, previniendo a su amo de la inesperada llegada de la muchacha; pero la verdad es que el pobre Lovett estaba bastante atribulado y se encontraba incapaz de coordinar la más elemental idea.

Así, limitándose a abrir la puerta, se inclinó levemente, a! tiempo que anunciaba, con su acostumbrada voz campanuda:

—El señor Pruch y la señorita Komerek.

Pero nadie debió oírle, porque el laboratorio estaba completamente desierto.

Los dos visitantes penetraron en el interior de aquella espaciosa sala, que Max miró con infantil curiosidad.

—¿Qué clase de bobadas fabrica este tipo, Suzan?

—Es un físico.

—¿De ésos de la bomba atómica?

—Creo que no… aunque se ocupa de los átomos.

—¿Y dónde demonios se ha metido? No me parece que esté tan enfermo como ese criado patilludo me hizo creer.

Fue en aquel momento cuando la voz de Taylor llegó hasta ellos, algo amortiguada:

—¿Está usted ahí, señor Pruch?

—Sí… ¿Y usted?

—Aquí, en esa cámara que tiene a la izquierda… Haga el favor de venir. No puedo salir, por el momento.

El deportista se encogió olímpicamente de hombros.

—Vamos, Suzan.

Momentos después penetraban en la cámara.

Taylor, que hacía como si se ocupase en un aparato que había metido allí para disimular, se quedó con la boca abierta.

—¡Usted aquí! —exclamó, con los ojos grandes como platos.

Suzan se adelantó:

—¿Se encuentra bien, Harvey?

La frente del joven se cubrió de sudor y sus ojos iban del deportista a la muchacha.

—Sí, estoy mejor.

—Nos había asustado —dijo Max—. Por eso llamé a Suzan… Ella suele ser una enfermera formidable. Pero veo que no era para tanto.

La mente de Taylor, que trabajaba a toda velocidad, volvió a «ocuparse» de su rival.

¡No podía dejar pasar una ocasión tan propicia como aquélla!

—En realidad —dijo, simulando una voz débil —, no me encuentro del todo bien…

—No sabe cuánto lo lamento.

Suzan se acercó a él, posando una de sus delicadas manos sobre el rostro del sabio.

—¿Pasará pronto, verdad?

Taylor se estremeció.

¿Cómo podía perder una mujer como Suzan? ¡Ni Max, ni cien como él podrían quitarle aquella felicidad que se materializaba en la criatura más maravillosa que había conocido!

Y se dispuso a actuar. Aprovechando que la mano de Suzan seguía posada sobre su mejilla, se apoderó de ella, llevándola, dulcemente, hacia la puerta; después, bruscamente, gritó:

—¡Vamos, Suzan! ¡Salgamos de aquí!

Y tiró de la muchacha hacia afuera con todas sus fuerzas.

Pero no contaba con Max.

Rápido como un relámpago, el deportista atrajo hacia sí a la muchacha, arrancándola materialmente de las manos del otro que, en aquel momento, para el colmo de las desdichas, impulsaba la puerta, que se cerró automáticamente.

Un grito de horror brotó de sus labios.

—¡Noooo!

Sin embargo, ya era demasiado tarde.

Conectado con la puerta de la cámara blindada, el super- reductor había empezado a funcionar.

Loco, olvidándolo todo, corrió hacia los mandos, sin recordar que todo funcionaba automáticamente y que, una vez en marcha, ya no podía detener la fatal marcha del aparato.

No hubiese tenido más solución que abrir la puerta blindada; pero, en aquellos momentos, se hallaba en una situación en la que su cerebro era un verdadero caos, con una notoria incapacidad de raciocinio.

Y cometió error tras error, perdiendo definitivamente los pocos segundos que hubiese tenido que utilizar con lógica y sangre fría.

Después, al darse cuenta de que ya no podía evitar la desgracia que

había provocado estúpidamente, corrió hacia la otra cámara, donde yacía la esferita de acero, mirándola con ojos desorbitados, así como al delgado extremo del tubo cañón.

Por allí iban a aparecer, sin tardar mucho, las dos chispitas que serían Max y Suzan.

Del primero apenas si se preocupaba; pero la muchacha era como un puñal, honda y dolorosamente clavado en pecho. Y a la sola idea de que, después de todo, Max se la iba a llevar, aunque fuese a otro universo, la sensación de angustia era prácticamente insufrible.

Pasó entonces una chispa.

¿Suzan?

Se encogió, maltrecho, desgraciado hasta lo inconcebible, con ganas de haber tendido la mano y haber cogido aquel cachito de luz que podía ser todo lo que quedaba de la mujer más encantadora que había conocido.

Luego pasó la otra luz.

Y la minúscula esfera de metal se tragó aquellas dos trayectorias luminosas, quedando tan inmóvil, tan insólitamente estólida como antes.

* * *

Alarmado por la tardanza de su amo, que debía, al menos (así lo pensaba él), haber salido con la muchacha para que se diese cuenta de que todo se había conseguido perfectamente, Al, sin poder más, corrió hacia el laboratorio, abrió la puerta y se precipitó en el interior.

Taylor se encontraba allí; sentado en uno de los sillones, junto a su mesa de trabajo. Tenía la cabeza entre las manos y la mirada ausente.

—Señor…

Lovett se dio cuenta de los cercos rojizos que rodeaban los ojos del profesor y coligió lógicamente que aquel hombre había llorado.

—Señor…

Sólo entonces levantó Harvey la cabeza, mirando al criado como si lo viese por primera vez.

—¿Qué hay? —inquirió, mecánicamente.

—Me alarmé, señor…

Una triste sonrisa entreabrió ligeramente los pálidos y trémulos labios del sabio; luego, elevando las cejas, contestó:

—Ya no hay que alarmarse, Lovett; todo es inútil.

—¿Qué ha ocurrido, señor?

Harvey levantó el brazo derecho, señalando la cámara:

—¿Quieres abrir, Al? Quizá comprendas entonces.

Lovett obedeció, encontrando la cámara vacía. A su espalda, la voz conmovida del profesor sonó como una sentencia.

—Quise hacer salir a Suzan, pero él la atrajo con fuerza, justo cuando yo cerraba la puerta… ¿comprendes? Y se quedaron los dos allí dentro, los dos, ¿te das cuenta, Al?

—Entonces…

—Eso mismo —bajó la cabeza —. Eso mismo, querido amigo… Los dos fueron reducidos a unas simples chispitas, que yo mismo vi penetrar en la bolita de acero.

—¡Qué horror!

—Horror por ella, Lovett… ¡El pagó la osadía de haberme intentado quitar lo único que verdaderamente he amado en esta vida.

—Pero, señor…

—¿Qué?

—¿Qué podemos hacer ahora? La señorita Suzan ha desaparecido para siempre…

—¡Eso no!

Se había puesto en pie y tendía el puño cerrado hacia adelante, en un gesto amenazador, pero no exento de una cierta comicidad.

—¿Me tomas por un cobarde, Al?

—¿Yo, señor?

—¡No lo soy, Lovett! Y voy a demostrarlo... Quiero explicarte el funcionamiento de ese aparato y partiré al nuevo universo donde ella se encuentra... ¡No, no la he perdido!

Al se dio cuenta de la barbaridad que su amó quería cometer:

—¡No debe hacerlo, señor! No se da cuenta de que no podrá volver jamás?

—¿Y qué me importa? Nada me interesa si no tengo a Suzan a mi lado... Ven, voy a enseñarte el manejo del super-reductor.

Mecánicamente, como un autómata, Al siguió al profesor, hasta detenerse ante el complejo cuadro de mandos del aparato. Y Taylor empezó sus explicaciones, sin que Lovett le escuchase un solo instante. La mente del criado estaba lejos de allí, en todo lo que podía resultar del hecho de que obedeciese las disparatadas instrucciones de su amo.

¡Era monstruoso!

Porque estaba seguro que nadie, absolutamente nadie, regresaría de aquel fantástico y alucinante viaje.

Se volvió, mientras Harvey seguía hablando, incansablemente, mirando hacia la esferita metálica, que yacía, como siempre, en la platina, protegida por las láminas de plástico.

¿Cómo era posible que Suzan y Max estuviesen allí dentro?

Era algo que hacía vacilar la mente de Al, que no podía comprender cómo dos seres normales, como él, podían haberse fundido en aquel objeto minúsculo, del que nadie hubiese hecho caso si lo encontrara en el suelo.

Era horroroso.

—... y ese botón —seguía diciendo el sabio— es el que regula la totalidad de los circuitos que te acabo de enumerar... ¿Entendido?

—Sí, señor.

—No tienes más que...

Fue en aquel momento cuando el timbre de la puerta se dejó oír, con insistencia.

—Ve a abrir y despacha rápidamente al que sea. No podemos perder el tiempo.

—Bien, señor.

Salió, con un suspiro, del laboratorio. Atravesando la casa, llegó hasta la puerta y la abrió inmediatamente.

Un hombre joven, al que no conocía, estaba ante el umbral.

—¿Es ésta la casa del profesor Taylor?

—Sí.

—Me llamo Howard Shea... ¿Está la señorita Komerek?

Al se sintió repentinamente enfermo.

—No... —balbució—. No está, señor. Créame que lo siento.

—Pero —insistió el otro —, ¿no ha venido aquí, con ese bruto de Max?

—Vinieron, señor; pero se marcharon ya.

Howard sonrió:

—Bien, muchacho. Di a tu amo que ha estado aquí «El Tercer Hombre».

—¿Eh?

—Sí. Soy el tercero de los enamorados de Suzan... Y que no vaya a creer el profesor que voy a ceder un ápice. Ese animal de Pruch sabe que, a pesar de la paliza que me dio el otro día, no retrocederé ni media pulgada... ¡Suzan ha de ser para mí!

Lovett tragó saliva difícilmente.

—Se lo diré, señor...

Pero, en su interior:

«¡Si usted supiese, amigo! Aunque, ante tanta locura amorosa, estoy

temiéndome que no haya sitio en la dichosa bolita para todos los enamorados.»

Shea se alejó hacia el coche que había aparcado más arriba. Y Lovett, después de ver desaparecer al vehículo en la primera esquina, cerró cuidadosamente la puerta.

—¡Al!

La voz del profesor parecía irritada y el criado corrió hacia el laboratorio.

—¡Al!

—¡Ya voy, señor!

Taylor le esperaba en la puerta.

—¿Quién era?

—Un joven que preguntaba por la señorita Suzan.

—¿Eh?

—Sí. Dijo que había recibido una paliza de manos de… el señor Pruch.

—Lo recuerdo. ¿Se ha ido?

—Sí.

—Bien. Vamos a lo nuestro. Voy a meterme en la cámara blindada. ¿Recuerdas mis instrucciones?

Lovett había palidecido.

—Pero, señor…

—¿Qué te ocurre ahora, Al?

—Yo quisiera…

Titubeaba, sinceramente afectado.

Di lo que sea; pero pronto.

La mirada del criado se hizo suplicante:

—¿Por qué hacer eso, señor? ¿Cree usted que merece la pena? Yo

conozco a una muchacha, Mary… y estoy seguro que encontraría alguna joven que le haría olvidar a la señorita…

—¡Granuja! ¿Cómo te atreves?

La cólera había puesto una máscara de desagrado en el rostro de Taylor.

—¡Ven a manejar los aparatos o no seré dueño de mí!

Lovett le miró, con una expresión de conmiseración.

—No sabe el señor cuánto lo lamento…

—¿Qué es lo que lamentas, estúpido?

—Esto.

El puño de Lovett salió disparado, chocando con el mentón de Harvey, que se desplomó, como un pelele, quedando inmóvil a los pies del criado.

Lo siento, señor; pero no me cabía hacer otra cosa…

CAPÍTULO IV

Al se aterrorizó de su propia audacia, mirando el cuerpo inmóvil de su amo, que se había desplomado a sus pies. Estaba completamente seguro que Taylor no le perdonaría jamás aquello; pero, por otro lado, experimentaba la gratísima sensación del deber cumplido, ya que le parecía una verdadera locura el haber dejado que Harvey se «lanzase» a la esfera de acero, desapareciendo para siempre del mundo de los vivos.

Se dijo que había hecho bien.

Decidiéndose, cogió a Taylor y lo llevó en brazos a su habitación, dejándolo sobre el lecho. Quizá, con un poco de suerte, podría convencerle de que había sufrido un desvanecimiento…

La situación no era, indudablemente, agradable y el criado se sintió

desolado, sin saber qué partido tomar, ya que no se atrevía a tocar el aparato inventado por Harvey, y que hubiese destruido de muy buena gana.

Fue entonces cuando el teléfono sonó.

Dirigiéndose hacia el salón, Lovett descolgó el aparato, oyendo en seguida la voz del «tercer hombre», de aquel impetuoso joven que había estado en la casa hacía poco tiempo.

—¿Quién está al aparato? —inquirió la voz—. Soy Howard Shea.

—El criado del señor Taylor, señor Shea.

—Ya le recuerdo… ¿no cree que estaba equivocado?

—No le entiendo.

—¿Seguro que la señorita Komerek no está ahí?

Al tardo unos segundos en contestar.

—Puede estar completamente seguro, señor Shea, de que esa joven no está en la casa del profesor.

El otro estalló, inesperadamente:

—¡Es usted un maldito embustero, amigo mío! ¿Sabe dónde estoy? ¿No? Me encuentro en el bar de enfrente de su casa; es decir, de la casa de ese profesor… o lo que sea. Justamente, el «barman» es amigo mío y vio entrar ahí al bruto de Max, al que todo el mundo conoce, en compañía de una joven que, por la descripción que mi amigo me ha hecho, no puede ser otra más que Suzan…

—Han salido señor; ya se lo dije…

—¡No es verdad! Mi amigo ha estado en el mostrador todo este tiempo, sin servir a nadie… y afirma que no ha visto salir a esas dos personas de la casa… ¿dónde diablos están, «señor criado»?

—Le aseguro que…

—¡No me asegure nada! Y haga el favor de decir al profesor que se ponga al aparato… ¡inmediatamente!

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque el profesor...

Lovett sintió que alguien le arrancaba el aparato de las manos. Taylor, furioso, le dio un soberano empujón.

—¡Déjame! ¿Quién es?

—El señor de antes...

—¡Luego arreglaremos lo del puñetazo... traidor! ¿Oiga?

¡Diga...

—Soy Harvey Taylor. ¿Qué demonios quiere usted?

—Saber dónde se hallan las dos personas que entraron en esa casa hace, aproximadamente, una hora.

—¿Y qué diablos le importa a usted?

¡Oiga profesor! Yo no sé la clase de relaciones que usted tiene con esa mula de Max, ni me importa un rábano; pero, en lo que se refiere a Suzan, exijo que me den toda clase de explicaciones... ¡Dígale que salga o iré yo por ella!

—¿Ha olvidado usted que ésta es mi casa y que en mi casa no entra nadie sin mi permiso?

—Está bien... Llamaré a la policía.

Un pequeño silencio cortó la conversación; después, Taylor, como el otro esperaba:

—Bien; puede usted venir... Hablaremos.

Taylor colgó, con el entrecejo fruncido; después, con una sonrisa en los labios, que era más una mueca, se volvió hacia el criado, que le miraba, seriamente:

—Te perdono el golpe de antes; en realidad, me he dado cuenta de que lo hiciste pensando en mí. Además, deseo hacer algunas cosas antes de ir en busca de la mujer que amo.

—Pero... ¿sigue usted con esa loca idea, señor? ¿No se da cuenta que si se mete en... esa esferita, no podrá volver jamás?

—¿Y qué puede importarme? Al lado de Suzan, cualquier universo, por miserable que sea, me parecerá un Edén.

Lovett, si hubiese podido, se habría encogido de hombros.

Pero la llamada a la puerta le hizo acudir al cumplimiento de su deber, introduciendo a Howard Shea, que sonreía triunfalmente.

Los dos hombres se miraron; después, Taylor tendió su diestra:

—Encantado de conocerle, señor Shea.

—Y yo también estoy encantado... ¿Dónde están?

—Pase por aquí, por favor...

Penetraron en el laboratorio y Howard, después de echar una ojeada a su alrededor:

—No los veo... ¿Dónde los tiene, Mefistófeles?

—¿Qué estupideces está usted diciendo?—Ninguna; porque, por raro que le parezca, sospecho que ha hecho usted algo con ellos. Ya le dije antes que Max me importaba un comino: si quiere despedazarle y hacer las diabluras que quiera con él... allá usted. Aún le estaría relativamente agradecido; pero, en cuanto se refiere a ella... ¡le destrozaré la cara si le ha hecho el menor mal!

—La quiero más que usted.

—Esas son cosas que deberíamos discutir en otros momentos. Ahora, mi querido profesor, lo que deseo es verla...

—No es posible...

—¿Cómo?

—Escuche y, por favor, no me interrumpa... Usted no es como Max y puede oírme tranquilamente. Yo... con toda franqueza, deseaba hablar con alguien. Y nadie mejor que usted.

—Hable.

—Ha ocurrido una gran desgracia... en cierto modo.

—No le comprendo.

—Lo hará en seguida. ¿Ve usted ese aparato?

—Sí.

—Es un super-reductor.

—¿Un... qué?

—Un super-reductor: un aparato capaz de reducir el tamaño de las cosas hasta un punto inconcebiblemente pequeño... Yo, con toda franqueza, deseaba vengarme del golpe que ese Max me propinó, cuando quise impedir que besase a Suzan...

—¡Bien hecho!

—Pero, por desgracia, cuando iba a conseguirlo, ella penetró en la cámara... el aparato estaba conectado automáticamente y…

—¿También se evaporó Suzan?

—No es ésa la palabra, amigo mío... Venga.

Lo llevó junto a la platina.

El otro le miró con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué broma es ésta? ¿Se está usted burlando de mí?

—¡Ojalá fuese así, Shea! Hice una primera experiencia con mi gato; después iba a enviar ahí dentro a Max; pero ya le he dicho qué es lo que ocurrió.

—¿Suzan ahí dentro? ¿Estaré perdiendo la chaveta?

—Es la verdad. Y lo más terrible de todo es que Max, nuestro odiado rival, está con ella.

—¡Es cierto!

Guardaron silencio.

Fue Shea quien lo rompió.

—¿Y no se puede hacer nada por ella?

—Yo estaba dispuesto a penetrar en ese mundo; pero el estúpido de mi criado, creyendo hacerme un favor, lo impidió.

—¡No podemos dejar a Suzan en manos de ese gorila!

—Esa es mi opinión.

—¿Entonces...?

—Yo estoy dispuesto a ir en su busca.

—¡Y yo!

—Puedo montar el disparador automático. Así podremos hacer el viaje juntos.

—¿Y... podremos volver?

—Eso, amigo mío, no lo sé.

Shea frunció el entrecejo.

—¿No tiene usted idea de lo que puede haber ahí dentro? — y señaló la minúscula bolita.

—En absoluto.

Hubo un largo silencio y Taylor contempló fríamente a su rival. Hasta que una sonrisa, en la que había un poco de desprecio, apareció en sus labios.

—Sí usted quiere quedarse aquí, yo iré...

—¿Eh?

—Yo no puedo disponer de usted, señor Shea... ya que no puedo tampoco garantizarle la vuelta.

Los ojos de Howard brillaron intensamente.

—¿Qué? ¿Desea hacerse el héroe, verdad? Llegar junto a Suzan y decirle, hipócritamente: «Shea, el pobrecillo Shea, tuvo miedo a abandonar las comodidades del mundo y yo he tenido que correr en tu busca... porque te amo mucho más que él»... ¿Le diría eso, verdad? ¡No! Yo iría hasta el mismo infierno, si fuese necesario, en su busca... Ya puede ir preparando ese maldito aparato... Después de todo, si no lo hubiese inventado, estaríamos mejor...

—Bien. Voy a prepararlo.

* * *

Howard contempló los manejos del profesor mientras éste preparaba el aparato.

¿Estaba ante un loco?

Se encontraba arrepentido de haber cedido tan sencillamente a los deseos de aquel hombre, ya que bien podía tratarse de un visionario, de un demente que se hubiese limitado, sencillamente, a destruir los cuerpos de Max y Suzan, deseando hacer lo mismo ahora con el suyo.

—¿Dispuesto, amigo mío?

Se estremeció; luego miró fijamente al sabio.

—¿Usted estará a mi lado, verdad?

Taylor sonrió.

—¿Teme algo? Ya le dije que si no quería venir...

— ¡Basta! ¿Qué hemos de hacer?

—Venga.

Se dirigió hacia la cámara blindada y abrió la puerta, diciendo:

Una vez que estemos ahí dentro y que pulse el botón del automático del super-reductor, ya no habrá nada que hacer.

—¿Entendido?

—Perfectamente.

—¿Vamos?

—Usted primero.

Taylor volvió a sonreír, penetrando tranquilamente en la cámara. Le hubiese gustado ir solo en aquel emocionante viaje; pero, por otro lado, tampoco le desagradaba ir junto a Shea, ya que la presencia de alguien a su lado colmaría el vacío de una soledad que podría serle

mala.

—¿Puedo cerrar la puerta?

—Cuando quiera.

Harvey lo hizo.

¡Ya está.

Señaló una especie de descomunal diafragma frente a ellos en la parte de la cámara que miraba hacia la platina.

—Seremos absorbidos, cuando ponga en marcha el aparato, hacia ese diafragma.

—¡No podremos pasar por ahí!

—Sí. Porque ya estaremos reducidos a un tamaño miles de veces más pequeño que el átomo...

—¡Nos disolveremos!

—No tenga cuidado. Será una experiencia completamente nueva. He tardado mucho tiempo en poner en marcha este aparato... ¿Se imagina las sorpresas que nos esperan al otro lado de la barrera de lo infinitamente pequeño? Bien, voy a poner en marcha el aparato.

Harvey extendió la mano, que temblaba un tanto, apoderándose de la palanca, que bajó bruscamente con un gesto decidido.

Un rumor formidable llegó hasta ellos.

—¿Qué es eso?

—Los motores que acumulan la energía formidable que el super-reductor necesita.

—¿Tardaremos mucho en...?

—Unos segundos.

Y así fue.

El rumor se hizo más insistente, hasta convertirse en algo verdaderamente intolerable; después, bruscamente, el sonido desapareció, al tiempo que una especie de densa bruma les envolvía.

Y Shea, en el último instante, experimentó una sensación rarísima: algo así como si el mundo que le rodeaba se fuese engrandeciendo, agigantando velocísimamente.

CAPÍTULO V

La puerta del despacho estaba cerrada.

Al la empujó con fuerza, comprobando que el profesor la debía haber cerrado por dentro.

El super-reductor continuaba marchando, cada vez con mayor intensidad.

—¡No! -rugió Al —. ¡No lo haga, profesor!

Nadie le contestó.

El ruido del aparato crecía de una manera inconcebible. Y Lovett sabía perfectamente lo que aquello significaba.

—¡Abra!

Se dirigía al otro, a Shea, que indudablemente no podía haber sido tan loco como para lanzarse a aquella arriesgada aventura.

—¡Abra!

Los segundos iban pasando inexorablemente.

Por último, Al, sin poderse contener más, retrocedió, tomando impulso y lanzándose con toda la fuerza de su empuje contra la puerta, que saltó sobre sus goznes, derribándose estruendosamente.

Penetró en el laboratorio.

Estaba completamente vacío.

Recorrió la estancia, evitando mirar hacia aquel lado; pero finalmente tuvo que mirar hacia allá, hacia la odiosa cámara blindada, avanzando hacia ella lentamente.

Había cerrado los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

Cuando, después de maniobrar la compleja cerradura, abrió la cámara, su rostro no manifestó ninguna sorpresa al encontrarla completamente vacía. Se lo había imaginado.

El profesor y míster Shea habían emprendido aquel espantoso viaje.

—¡Qué locos!

Miró el interior de aquella cámara con verdadero horror. Allí era donde había desaparecido primeramente «Sultán», el hermoso y simpático gato; donde después se habían evaporado Max y la señorita Komerek. Y donde finalmente, consumándose todo, desaparecieron el profesor y el estúpido de Shea, que, en contra de lo que Al esperaba, se había dejado convencer por Taylor.

Era éste, precisamente éste, quien interesaba a Lovett. Porque, por encima de todo lo que puede separar a un criado de su señor, Al sentía una sincera amistad hacia el hombre de ciencia, al que apreciaba profundamente.

—No puedo abandonarle ahora, justamente ahora, cuando se encuentra en una situación tan delicada, a merced de un hombre rudo como Max y de un pícaro como míster Shea… Completamente solo ante dos hombres peligrosos. Indudablemente, si alguien debe perder a la señorita Suzan, motor de todo este asunto, ese alguien será mi desdichado señor…

¿Ansia de aventura?

Al Lovett poseía mucho más que ningún otro ser humano; pero… Sí, evidentemente había ese pero…

A él le hubiese agradado formar parte de una expedición a Marte, a Júpiter, o a cualquiera de los otros mundos, más o menos lejanos. Nada le hubiera importado las penalidades que había leído que sufrían los astronautas; pero… ¡un viaje a un simple perdigón de acero!

Su dignidad se oponía rotundamente a aventurarse en aquel sentido. Y sin embargo…

—Fíjate bien, Lovett… Tú has afirmado siempre ser leal. ¿Y qué es ser leal? Date cuenta que tu amo, el hombre que tanta bondad te ha demostrado, se encuentra ahora en una situación más que delicada…

¿Qué te importaría, después de todo, que míster Taylor se hallase en una esquina de la ciudad, en manos de unos vulgares bandidos o en el interior de esa bolita, frente a hombres como Max Pruch y Howard Shea?

¿No era igual?

—Y si es igual, pedazo de mendrugo, ¿qué estás haciendo que no corres en pos de la persona a la que afirmas apreciar sincera y hondamente?

Recordaba perfectamente el manejo del aparato, que el profesor le había explicado cuando deseaba que él le hiciese volar hacia lo infinitamente pequeño.

¿Entonces?

—¿Qué estás haciendo aquí, estúpido?

Se asustó del tono de su propia voz, saliendo de la cámara y dirigiéndose hacia el cuadro del mando del aparato, que empezó a manejar con mano experta, como si lo hubiese hecho toda su vida.

Conectó el mecanismo automático y cuando 'lo hubo hecho se acercó a la cámara, cuya puerta había dejado abierta, mirando con cierto temor al interior.

—¿Entras o no?

Entró.

Una vez allá, su corazón, sin aparente motivo, se puso a latir velozmente. Recordó a Mary, que se desesperaría al ver que no acudía a la cita; pero el sentimiento del deber penetró en él agudamente.

Cerró la puerta.

La palanca estaba a su alcance y su vista le hizo recordar todas las famosas palancas que los héroes de las novelas que había leído manejaban en los importantes momentos de salida hacia las profundidades del espacio.

Sus dedos se cerraron sobre la palanca; pero tardó un cierto tiempo en ejecutar el movimiento final. Por último, decidido, cerró los ojos y tiró de ella hacia él. Un ruido espantoso llenó la cámara.

* * *

Se encontró bruscamente lleno de vida, pero le parecía como si acabase de salir de un profundísimo sueño, cuyos restos vagasen por su mente como esos trozos deshilachados de niebla que la brisa matutina arrastra lentamente.

¿Dónde se hallaba?

Había abierto los ojos y miró en derredor suyo, intentando comprender lo que pasaba. Un camino polvoriento se extendía hasta el horizonte, por delante y por detrás de él; a ambos lados, una especie de terreno sembrado en el que unos cuantos árboles rompían la monotonía de la interminable llanura.

¿Qué hacer?

Se decidió finalmente por echar a andar hacia cualquiera de los dos lados, eligiendo el que en aquellos momentos se hallaba frente a él. El cielo estaba cubierto por una capa de densas nubes y parecía como si fuese a llover de un momento a otro.

Al no se atrevió a preguntarse nada. Lo que veía debía ser sencillamente un sueño y la sola idea de pensar que se encontraba en el interior de la esferita metálica le hubiese provocado un ataque de locura incurable; por eso, mientras andaba solo, se limitaba a observar cuanto le rodeaba curiosamente, como si desease demostrarse que seguía en la Tierra.

Además, ¿no podía ser que el profesor se hubiese equivocado en sus cálculos y hubiera inventado un aparato que trasladaba a la gente a otro punto del Globo instantáneamente?

¿Y si fuese a otro lugar del Tiempo?

Cualquiera de aquellas dos ideas era mucho más lógica para Lovett que la de hallarse metido en una esfera que, a lo más, tenía un milímetro de diámetro.

El camino parecía interminable.

Pero afortunadamente los árboles, a los lados, iban siendo cada vez más numerosos, lo que animaba indudablemente el paisaje, quitándole la infinidad de la llanura anterior.

Cuando vio la choza, sus ojos se animaron, ya que aquello era la primera demostración de vida que encontraba allí; luego, al acercarse, experimentó, sin poder determinar claramente el origen, una sensación de extrañeza que se apoderó de él por completo.

—¿Qué es lo que me pasa? —se preguntó en voz alta.

Permaneció unos instantes ante la choza, sin atreverse a dar un paso más hacia ella.

Y entonces...

La silueta apareció bruscamente en el dintel. Una silueta conocidísima, que al salir al exterior hizo que Al lanzase una exclamación de alegría.

—¡Profesor Taylor! ¡Gracias a Dios!

Porque, sin ningún género de dudas, aquel hombre era Harvey Taylor. Sólo que pasó junto a su criado sin aparentar conocerle en absoluto.

—¡Profesor!

No tuvo mucho tiempo para asombrarse de aquella frialdad de Taylor, porque otro profesor siguió al primero, igualmente indiferente a la presencia de Lovett.

—¿Eh?

Retrocedió, asustado.

¡Nuevos Taylors salían de la choza, formando una hilera que había tomado el camino y se alejaba tranquilamente por él!

Al no se atrevió a decir nada ni a moverse, tan profundamente aterrado estaba. Tampoco pudo contar el número de «profesores» que desfilaban ante él y se limitó a contemplar aquella hilera ele seres repetidos, que se alejaba cada vez más.

—¿Dónde he ido a parar, señor?

A medida que razonaba su temor fue disminuyendo, hasta que comprendió que si deseaba saber el origen de aquella horrible anormalidad no tensa más remedio que seguir a los «profesores».

Y así lo hizo.

Se mantuvo a cierta distancia, siguiendo a la hilera de seres idénticos

que, después de describir una curva que el camino dibujaba, se detuvo al mismo tiempo que él ante la entrada de un magnífico edificio que, por lo menos, debía tener cincuenta pisos.

Una puerta acababa de abrirse y los «Taylors» penetraron, en perfecta fila india, en el interior de la casa. Lovett dudó unos instantes; pero, finalmente, movido por la curiosidad que le dominaba por completo, olvidó toda prudencia, penetrando detrás del último profesor.

Las puertas se cerraron tras él.

Se encontraba en una nave inmensa, con puertas por todos los lados, pero completamente vacía, sin ninguna clase de muebles que significase que se utilizara para otra cosa que para entrada.

Unos ascensores empezaron a recoger al repetido Taylor, desapareciendo rápidamente en las alturas. Sin saber por el momento lo que hacer, Lovett contempló aquel manejo, decidiéndose, en última instancia, a tocar al último de los Taylors, que había quedado esperando otro ascensor.

—¡Profesor!

El otro se volvió y, amablemente;

—¿Qué quieres, Lovett?

A Al le pareció que sus piernas se iban a negar a sostenerle.

—¿Me reconoce usted, señor?

—¿Y por qué no?

—¡Gracias, profesor!

El otro sonrió.

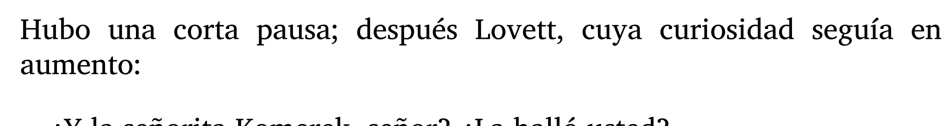
—Veo que recordaste perfectamente el manejo del aparato, Al.

—Sí. Perdone si lo hice funcionar... pero deseaba saber qué había ocurrido...

—Comprendo. Hiciste bien. Tendré que hablar con Omicrón.

—¿Quiénes?

—Ya lo verás.



Hubo una corta pausa; después Lovett, cuya curiosidad seguía en aumento:

—¿Y la señorita Komerek, señor? ¿La halló usted?

—Naturalmente, Lovett. Pronto nos casaremos con ella.

—¿Nos?

—Sí, Lovett; no sé a qué viene esta expresión de extrañeza.

La llegada del ascensor vacío interrumpió al profesor.

—Bueno, debo ir al laboratorio...

—¿Y yo señor? ¿Qué he de hacer?

—Espera aquí. Hablaré con Omicrón y él se ocupará de ti.

—¿He de esperar... mucho tiempo?

—No. En seguida te llamará.

—Gracias.

—Hasta luego, Lovett. Me alegro que hayas 'venido... Todos te necesitamos.

Penetró en el ascensor y éste desapareció como una exhalación.

Al quedarse solo, Lovett se frotó enérgicamente los ojos, como si desease convencerse de que seguía despierto. El «nos» utilizado dos veces por el profesor le sumía en un mar de confusiones.

«Nos casaremos con ella.»

«Nos eres necesario, Al.»

¿En qué clase de loco Universo había ido a parar? ¿Dónde estaban los otros, Max y Shea, de los que el profesor no le había hablado?

Hasta recordó a «Sultán», el gato al que apreciaba intensamente.

La voz resonó en la estancia como si fuese en «off»:

—Coge e! ascensor que tienes frente a ti, Lovett.

Al obedeció y momentos más tarde, después de un rapidísimo viaje,

bajaba en uno de los pisos superiores, desembocando directamente en una especie de salón de gigantescas dimensiones, donde tampoco había mueble alguno.

Pero estaba «aquello».

Al principio, el criado tuvo serias dificultades para poder saber de qué se trataba. Pero sus lecturas favoritas le ayudaron positivamente y pudo darse cuenta de que se encontraba ante un robot.

Era muy parecido al que había visto en uno de sus libros, magistralmente dibujado en la portada; pero éste, además de poseer una apariencia perfectamente humana, poseía un detalle que hizo que los cabellos de Lovett se irguiesen bruscamente en su cabeza.

La mano derecha del robot, mucho más grande que la izquierda, estaba extendida, con el brazo ligeramente flexionado y casi completamente abierta, tenía entre sus dedos un recipiente completamente transparente, en cuyo interior había… ¡un cerebro desnudo!

Lovett sintió que una náusea le subía del estómago y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para dominarse.

Del cerebro surgían muchísimos hilos, aparentemente metálicos, que reunidos en un haz común, casi en el borde interior del recipiente, salían juntos de él, pasando por un conductor más grueso que, a modo de puente, los llevaba hasta la cabeza del robot.

También pudo ver Lovett otro conductor, éste inferior, que saliendo del abdomen del hombre metálico, iba directamente a la parte baja del cerebro.

La contemplación de aquella parte de un cuerpo humano era impresionante; pero lo que más conmovió al pobre Al fue ver que el cerebro latía y que sus membranas meníngeas se movían, como si un oculto y diminuto corazón las animase.

Permaneció, con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando aquella masa encefálica, que parecía mirarle a él…

—¿Tú eres Lovett, verdad?

La voz era la misma que Al había oído en el hall enorme de abajo.

—Sí…

Iba a decir señor — ¡la fuerza de la costumbre! —, pero no podía atribuir tal calificativo a «aquello».

—El profesor me habló de ti... Parece ser que le eres necesario. Aunque yo he puesto, desde el principio, a su disposición cincuenta robots servidores...

—¿Usted es Omicrón, verdad?

—Sí. Veo que eres inteligente y eso me place.

Lovett sonrió, más tranquilo que antes.

Usted ha hablado del profesor, en singular... señor Omicrón (ahora ya podía llamarle así); pero yo he visto muchos profesores...

—Ya lo sé. No obstante y a pesar de los cincuenta Taylors que existen, todos ellos son idénticos y, por lo tanto, uno...

Al no comprendió absolutamente nada.

—¿Y tendré... que servir a todos?

—Sí, pero no te preocupes: haré tantos Lovetts como convenga...

—¿Eh?

La exclamación había salido de su garganta, sin que él pudiese hacer nada para evitarlo.

—¿Ha dicho usted que me... multiplicará?

—No es ése el verdadero sentido, sino el darte una existencia múltiple, sin que dejes de ser el mismo... Aunque, después de todo, no creo que sea necesario... Con que cuides del Taylor «matriz» todo se arreglará.

Seguía sin comprender nada.

Y como indudablemente, Omicrón se percató de su ignorancia:

—Escucha, Lovett: lo que he hecho con el profesor no ha sido más que proporcionarle una posibilidad de existencia múltiple. ¿Cuántos seres humanos no desearían multiplicarse para llevar a cabo una tarea que saben muy bien no podrán realizar jamás? Es corriente oír entre vosotros exclamaciones de ese tipo: «¡Quién tuviese cuatro brazos o dos cabezas!» Pues bien; gracias a mi máquina existencial, yo he convertido en realidad esos deseos quiméricos.

»El profesor me es más útil multiplicado, ya que, en realidad, me encuentro con un magnífico equipo de cincuenta profesores, cuyas tareas pueden ser de la mayor importancia para mí. Igual he hecho con Shea y Max, Lovett. El primero se ocupa de las presas de contención; el segundo, como elemento puramente muscular, constituirá el ejército que defenderá mis fronteras del Sur, amenazadas siempre por «las palideces multiformes».

Lovett pudo articular:

—¿Las… qué?

—Ya lo sabrás más tarde. Me costó mucho ponerme en comunicación con tu amo, a través del espacio, convenciéndole de que inventase el super-reductor. Luego tuve que influir sobre las mentes de sus amigos, de la mujer que amaba y de su fiel criado… Todo para lograr que viniese aquí. Porque le necesitaba para vencer los horribles peligros que se ciernen sobre mí.

Lovett estaba asombrado.

—Ya veo.

—Ya sé que, por el momento, no entiendes nada, pero no te preocupes… Más tarde lo entenderás todo. Ahora vete… Un robot, que encontrarás a la salida, te llevará a tus habitaciones… Ya veremos después si es necesario someterte a la «pluriexistencia» o no.

—¡Le ruego que no lo haga, señor Omicrón!

—Eso soy yo quien ha de decidirlo.

CAPÍTULO VI

Lovett pasó una noche verdaderamente agitada. El lecho era excelente, así como el resto de los muebles. Tampoco tuvo queja alguna de la comida que el robot le sirvió en su propia habitación; pero, de todos modos, habían sido demasiadas emociones, demasiados misterios…

Se despertó temprano, al menos así le hizo pensar la difusa claridad diurna que penetraba por los ventanales. Momentos después, cuando

se hubo vestido, el robot penetró con un suculento desayuno, que dejó sobre la mesa, saliendo tan silenciosamente como había entrado.

Al sabía que aquellas máquinas no hablaban, limitándose a cumplir las órdenes que recibían de Omicrón.

Comió con apetito y estaba terminando cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Yo, Lovett.

Era la voz del profesor.

Al se apresuró a abrir la puerta, sintiéndose inmensamente feliz de estar nuevamente junto a Harvey, aunque temía no saber qué Taylor era.

El profesor entró sonriente, como siempre. Y Lovett se hubiese visto y deseado para saber si era el de verdad o uno de los otros.

—Siéntese, señor.

—Sí. Tengo unos momentos... ¿Cómo te va, Lovett?

—Muy bien, señor... ¿Y el señor se encuentra bien?

—A las mil maravillas.

—¿También se encuentra bien la señorita Komerek?

—Creo que sí; aunque no la he visto en esta última semana...

—¿Cómo? ¿No ha vuelto a verla, señor?

—Sí. Pasamos juntos, si mal no recuerdo, tres o cuatro fines de semanas.

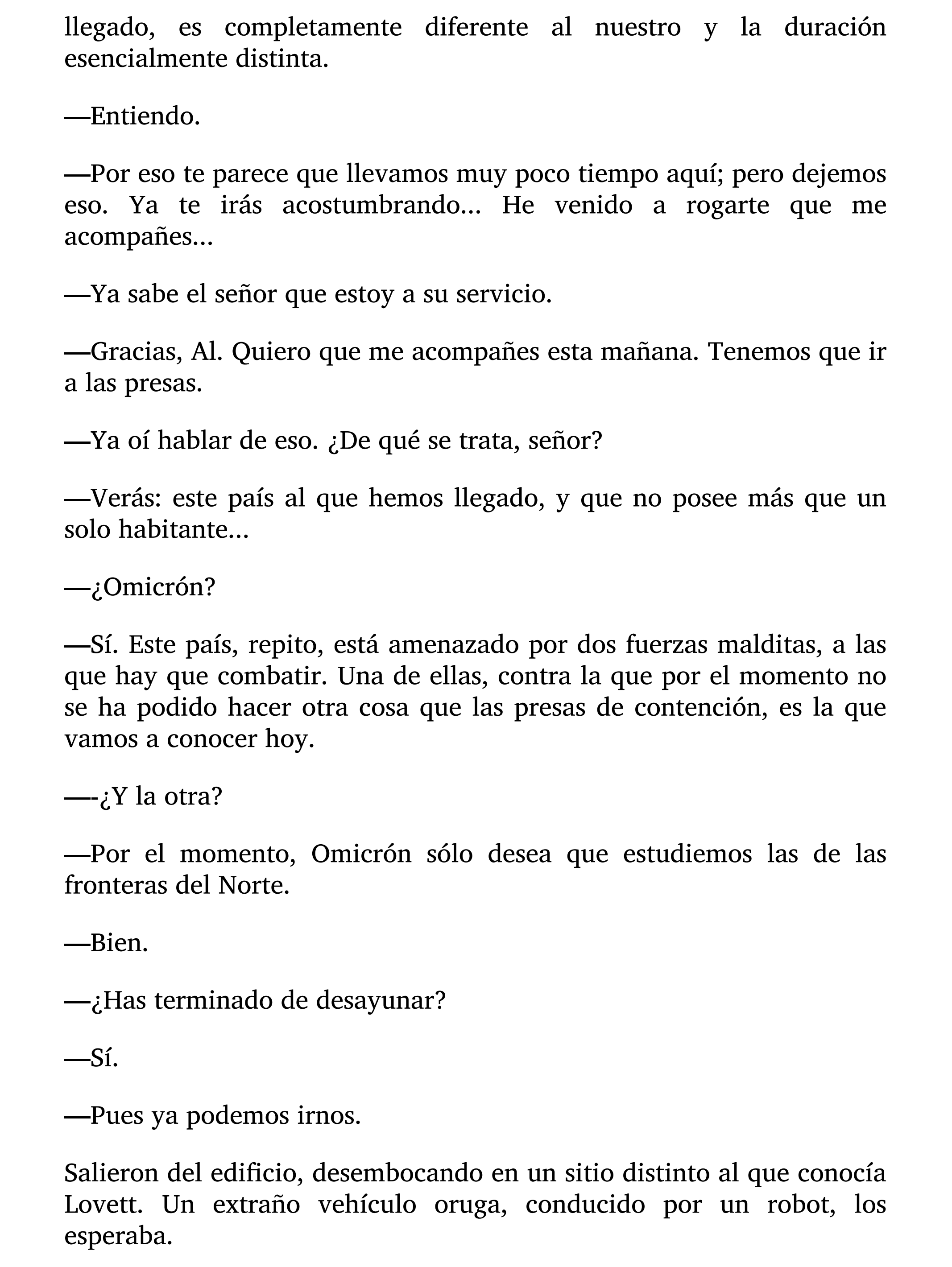
—¿No se da cuenta, señor, que hace solamente dos o tres días que está usted aquí?

Taylor sonrió.

—¡Qué bobo eres, Lovett!

—Es posible, señor —se amoscó el criado.

—Has de darte cuenta que el tiempo, en este universo al que hemos



llegado, es completamente diferente al nuestro y la duración esencialmente distinta.

—Entiendo.

—Por eso te parece que llevamos muy poco tiempo aquí; pero dejemos eso. Ya te irás acostumbrando… He venido a rogarte que me acompañes…

—Ya sabe el señor que estoy a su servicio.

—Gracias, Al. Quiero que me acompañes esta mañana. Tenemos que ir a las presas.

—Ya oí hablar de eso. ¿De qué se trata, señor?

—Verás: este país al que hemos llegado, y que no posee más que un solo habitante…

—¿Omicrón?

—Sí. Este país, repito, está amenazado por dos fuerzas malditas, a las que hay que combatir. Una de ellas, contra la que por el momento no se ha podido hacer otra cosa que las presas de contención, es la que vamos a conocer hoy.

—-¿Y la otra?

—Por el momento, Omicrón sólo desea que estudiemos las de las fronteras del Norte.

—Bien.

—¿Has terminado de desayunar?

—Sí.

—Pues ya podemos irnos.

Salieron del edificio, desembocando en un sitio distinto al que conocía Lovett. Un extraño vehículo oruga, conducido por un robot, los esperaba.

Subieron a él y el aparato salió disparado, tomando un camino bordeado de escasos árboles, como el que Al había conocido al llegar allí.

Una pregunta quemaba los labios del criado, que, después de unos instantes de vacilación, se decidió a formular:

—¿Dónde estamos, señor?

—¿Qué quieres decir, Lovett?

—Verá usted... Yo deseaba preguntarle si lo de la bolita aquella era verdad o estamos en otro mundo, al que nos llevó su aparato.

Taylor sonrió.

—Estamos en el interior de la bolita, Lovett; es decir, en uno de los electrones de uno de los átomos de la bolita.

—¡Pero sí es imposible! Aquí hay tierra, nubes, cielo, aire...

—¿Y por qué no había de haberlos? Hacía muchísimo tiempo que yo sospechaba, al estudiar las teorías atómicas, que debía de ser así. Ya recordarás, aunque no sea más que de una manera elemental, que el átomo está formado principalmente por dos clases de corpúsculos: los protones, o masa central, cargada de electricidad positiva, y los electrones, o cargas periféricas, de carácter negativo.

—Eso es.

—Pues bien: los electrones giran alrededor del protón, o protones, como los planetas giran alrededor del sol; es decir; son sistemas planetarios. ¿Y por qué no pensar que sean corno el nuestro, en cierto modo? Eso fue lo que me condujo a crear el super-reductor: el interés de saber si el átomo era un sistema planetario dotado de vida, igual que el nuestro.

—Entonces... ¿es cierto?

—Completamente cierto. Fue una verdadera fortuna para nosotros el ir a parar al mismo sistema, ya que podríamos haber sido dirigidos a átomos distintos... que aquí verás, en la noche, como lejanas estrellas. Pero, quizá debido a la inmovilidad del perdigón sobre la platina, vinimos al mismo mundo, ya que el tubo del super-reductor apuntaba a un sitio determinado.

—Comprendo.

—Omicrón, por otro lado, influyó en mí, según me ha dicho, provocando todo esto para que pudiésemos ayudarle en la empresa de

liberar este planeta de las fuerzas destructoras que lo amenazan.

—Es curioso ese Omicrón.

—Es un ser formidable… Todavía no me ha contado su historia, pero debe de ser maravillosa.

—¿Y él es el realmente único habitante de este… planeta?

—Así es. Debieron haber otros y algún día conoceremos las causas que provocaron su desaparición, aunque sospecho que han de ser las que vamos a combatir.

—¿Sabe usted, profesor, de qué se trata?

—Muy vagamente. He oído decir a Omicrón que las más peligrosas son las de la frontera Sur; sin embargo, desea combatir las del Norte, ya que éstas existen en mayor número.

—Y… ¿podría hacerle una pregunta, señor?

—Sí.

Lovett dudó unos momentos.

—¿Habrá posibilidad de volver, señor?

—¿Adonde?

—A la Tierra.

—Estamos en ella.

—Bueno; usted quiere decir, señor, que estamos en una esfera que, a su vez, está en la Tierra… ¿no es eso?

—Sí. ¿Para qué quieres volver a la otra dimensión, Lovett? ¿No te encuentras bien aquí?

Al se mordió los labios, como si le costase decir lo que bullía en su cerebro. Finalmente:

—Verá usted, señor… Ya le hablé a usted un día de… Mary. ¿Lo recuerda, verdad?

—Sí.

—Yo pensaba… en fin, usted ya me entiende. En un mundo como éste, con un solo habitante, excepto nosotros…

Taylor sonrió, bonachón.

—Ya comprendo, Lovett. Y no vayas a creer que considero poco importante tu problema, que, por otra parte, encuentro perfectamente lógico… Pero por eso no has de preocuparte.

—¿Usted lo cree, señor?

—Sí. Te casarás con Suzan.

Los ojos de Al se abrieron como platos.

—¿Eh? —exclamó.

—Sí, amigo mío —dijo Taylor con una bondadosa sonrisa en los labios —. No hace falta que pongas esa cara… Omicrón hará cuantas Suzan necesitemos.

—Pero…

La luz, en los ojos del profesor, tomó cierta dureza.

—No irás a decirme que la señorita Komerek no es una muchacha maravillosa, ¿verdad?

—Lo es, señor —suspiró el otro.

—Ya ves que no hay problema alguno. Omicrón es capaz de proporcionarnos generosamente la felicidad que todos deseamos… ¡Y pensar que hace poco estaba dispuesto a matar por el amor exclusivo de Suzan!

«Ha debido volverse completamente loco», pensó Lovett, horrorizado.

El vehículo se había detenido al iniciarse una ladera, en cuya cima era visible un muro de una altura tremenda.

Un hombre se acercó a ellos, y cuando Al pudo reconocerlo, sintió una sensación de gozo, ya que deseaba, en aquellos momentos turbios para su mente, hallarse entre muchos seres humanos, cuantos más, mejor.

El hombre era Howard Shea.

—¡Hola, profesor!

Y al ver a Lovett agregó, sonriente:

—¿Cómo? ¿Ya está usted aquí?

—Ya lo ve, míster Shea.

—Me alegro. Siempre me fue usted muy simpático. —Y volviéndose a Taylor—: ¿Viene usted dispuesto a hacer la experiencia?

—Sí.

Shea frunció el entrecejo.

—Yo también tengo ganas de saber qué tenemos al otro lado de ese muro. Anoche uno de mis homónimos, que hacía una guardia, me comunicó que el oscilómetro vibró intensamente durante un buen rato. Esta mañana repasé la zona afectada y tuvimos que inyectar más acero; había unas grietas verdaderamente peligrosas.

—Comprendo. ¿Qué peso se ejerce ahora sobre el muro?

—Hice los cálculos hace unos días y encontré cerca de mil toneladas por metro cuadrado, pero esta mañana, al repasar los cálculos, he visto que la presión aumentó en algunas zonas hasta mil quinientas toneladas.

—Eso quiere decir que intenta penetrar, sea como sea.

—Eso es.

Guardaron silencio unos instantes; después:

—¿Ha dispuesto usted la pequeña presa que le dije? —inquirió el profesor.

—Sí —repuso el otro —. Siguiendo exactamente sus instrucciones, no se abrirá más que un espacio de unos veinte centímetros de diámetro. ¿Cree que habrá suficiente?

—Sí.

—¡Lástima que Omicrón no sepa más sobre lo que puede encontrarse al otro lado!

—¿Usted lo ha visto?

—Sí. Desde aquella torreta de observación es posible distinguir una

gran parte. ¿Quiere verlo?

El profesor accedió.

—Bueno. Venga con nosotros, Lovett.

—Bien, señor.

Un ascensor automático les llevó hasta lo alto de la torre de observación, situada a unos treinta metros del muro de contención, que ellos, generalmente., llamaban presa.

Al otro lado, cuando estuvieron arriba, no vieron más que una masa olivácea, un líquido que la brisa movía suavemente, pero sin oleaje, como una balsa de aceite.

—¿Es... eso? —balbució Lovett.

—Sí — repuso Shea —. Es eso. ¿Qué le parece, profesor?

Taylor observaba atentamente, sin despegar los labios; finalmente dijo:

—Parece un líquido, pero hay algo en él que me causa un estremecimiento.

—Todavía no sabemos qué es lo que empuja las paredes de los muros de contención —dijo Shea —. El líquido crece, pero desconocemos por completo su naturaleza.

—Cogeremos una muestra. ¿Vamos?

Descendieron de la torre, dirigiéndose al lugar donde Shea había logrado montar una especie de trampilla que, al abrirse, dejaría salir un chorro del líquido, para después ser analizado convenientemente.

—¡Eh! -llamó.

Otros Sheas llegaron, obedientes, inclinando la cabeza ante el profesor.

—Colocad los recipientes —ordenó el Shea matriz.

Lo hicieron y Harvey se preparó para abrir la pequeña trampilla. La expectación era normalmente grande.

—¡Adelante!



Un chorro gelatinoso brotó del orificio, cayendo en el recipiente que tenían dispuesto.

—Ya puede cerrar — dijo Taylor.

Shea oprimió la palanca, pero casi en seguida, palideciendo intensamente, gritó:

—¡No puedo!

La masa gelatinosa seguía cayendo, cada vez con mayor fuerza y desbordaba ya el recipiente, cayendo en el suelo.

—¡Ayudadme, por favor!

Corrieron varios Sheas en ayuda de su homónimo, pero sus esfuerzos resultaron vanos.

—¡No podemos cerrar!

La masa gelatinosa ocupaba ya un espacio fuera del recipiente. Taylor, que la había observado con detenimiento, comprendió al fin.

—¡Un cuchillo! ¡Pronto!

Alguien corrió, regresando al instante con lo que el profesor pedía. Entonces, Taylor, acercándose al caño por el que seguía surgiendo la masa, cortó de un tajo el chorro de sustancia gelatinosa que brotaba.

—¡Cerrad! —gritó.

Ahora sí que fue posible hacerlo; pero los que observaron la porción cortada por Harvey lanzaron una exclamación de horror:

—¡Sangre! ¡Parece sangre!

—Sí —repuso el profesor—, es sangre...

—Hay que sacar el recipiente de ahí! —dijo Shea.

Y se adelantó, dispuesto a hacerlo.

Pero entonces la masa que yacía en el suelo se levantó, emitiendo una serie de seudópodos que atraparon al Shea matriz por los brazos y pies, envolviéndolo a toda velocidad.

Lovett intentó adelantarse en auxilio de Howard, pero el profesor le

retuvo por un brazo.

—¡No hagas locuras, Al! ¡Nada se puede hacer ya!

En efecto.

Shea estaba ya, completamente envuelto por aquella masa gelatinosa, viéndose, a través de ella, como una silueta que se contemplara desde el otro lado de un vidrio esmerilado.

—¡Lo va a matar, profesor! —aulló Al.

—Desgraciadamente, así es — repuso Taylor—. Lo matará y lo devorará, quemándolo con los poderosos jugos digestivos que posee.

—Pero...

—No te acerques, Lovett, porque correrías igual suerte...

De repente Al lanzó un nuevo grito, señalando hacia el lugar, donde se habían reunido los homónimos del atacado por la masa.

—¡Fíjese, profesor!

Taylor miró hacia allá, viendo que todos los Sheas desaparecían como si se confundieran con el aire que les rodeaba, disolviéndose en él. Era, verdaderamente, un espectáculo horroroso.

—¡Desaparecen!

—Es normal —dijo Taylor—. Una vez que Shea matriz muere, los homónimos, que no son más que duplicidades existenciales, desaparecen...

Shea matriz ya no era visible en el interior de la masa gelatinosa. Pero ésta, separada de su tronco por e! corte que había hecho el profesor, se convirtió al cabo de un rato en un montón de sustancia terrosa, de la que brotaron poco después los zapatos y la correa del desdichado Shea.

—La masa ha muerto —dijo Harvey.

Se alejaron hacia el vehículo, en cuyo asiento anterior el robot-conductor seguía completamente inmóvil

Taylor se apoderó del teléfono y se puso en comunicación con el edificio central.

—¿Omicrón?

—Sí. ¿Qué ocurre, Taylor?

—Hemos obtenido un poco de masa que, desdichadamente, ha devorado a Shea matriz.

Y explicó detalladamente lo ocurrido.

—Ha sido una fatalidad —repuso Omicrón—. Shea nos era de una gran utilidad.

—Deberá enviar a alguien a la presa.

—Sí. Multiplicaré a Max, pero tendré cuidado de dejar al matriz en la ciudad. No quiero que se repita esa tragedia.

—Bien.

—¿Tiene alguna idea concreta sobre la masa?

—Creo que sí.

—Perfecto. Tendrá que estudiar la manera de combatirla, profesor. Es nuestro gran peligro.

—¿Y el otro?

—No se ha manifestado por el momento... Lo dejaremos para segundo lugar. ¿No le parece?

—Creo que es lo más conveniente.

—Vaya a su laboratorio y siga trabajando.

Hubo un corto silencio; después, Taylor, con voz emocionada, preguntó:

—¿Cuándo podré ver a la señorita Komerek, Omicrón?

—Muy pronto... He logrado ya cincuenta ejemplares... Ya sabe que la Suzan matriz es su premio, profesor.

—Gracias.

CAPÍTULO VII

Se aburrió muy pronto Lovett de moverse por los laboratorios donde trabajaban Taylor y sus homónimos. Conociendo el camino de salida, prefirió pasearse por los alrededores.

No estaba muy contento en su nuevo mundo.

Comprendía que aquel universo era completamente anormal y que los peligros que lo rodeaban parecían haber salido de la mente de un loco. La masa estaba siendo contenida, al menos por el momento; pero ¿qué ocurriría si la presa cedía y aquella sustancia gelatinosa lo invadía todo?

Poco después, una de las veces que visitó a Omicrón, logró de éste que le cediese un vehículo para pasearse libremente por el país. Taylor había manifestado claramente que no deseaba que Lovett fuese sometido a una multiplicación existencial, ya que prefería que Al siguiese siendo como siempre, puesto que no había necesidad de que el criado, después de realizar su valiente acto de venir a aquel mundo en su busca, sufriese las consecuencias.

Aquella mañana Lovett, con su hermoso vehículo, se paseaba a una distancia de cerca de cien millas del edificio. El paisaje, que conocía de memoria, era tan estéril como el que había visto al llegar a aquel planeta.

Pero, en aquellos momentos, Al no estaba triste, ni mucho menos.

Desde el momento en que Taylor le había hablado de Suzan, no pensaba en otra cosa, considerándose excelentemente pagado si le dejaban casarse con uno de los «homónimos» de la hermosa muchacha.

Y no era que le amargase un poco el pensar que si algo sucedía a la Suzan matriz desaparecería en el aire la mujer con que hubiese contraído matrimonio; pero, después de todo, estaba más que seguro que Taylor no permitiría que la Suzan original estuviese en peligro.

—Has tenido suerte, Lovett.

El vehículo corría mansamente por el camino y un animal tuvo que cruzar velozmente la ruta para evitar las ruedas oruga del coche.

—¡«Sultán»!

Frenó, bruscamente, bajando velozmente del coche y avanzando hacia el animal, que se acercó, a su vez, a él, frotándose, como solía hacerlo siempre, contra su pierna.

Lovett se arrodilló a su fado.

—¡«Sultán»!... ¡Mi pobre «Sultán»! No creía volverte a ver, amigo mío... ¡Qué alegría va a tener el profesor!

Lo acarició tiernamente, profundamente emocionado y contento por haber encontrado a aquel hermoso gato negro, junto a! que había pasado mucho tiempo en la casa del profesor, contándole muchas de las cosas que leía en sus libros y novelas de anticipación.

Cogiéndolo en sus brazos, lo llevó al coche, colocándolo suavemente sobre la banqueta anterior. El vehículo se había detenido junto a un grupo de árboles, y Lovett, distraído con el animal, no vio la silueta que surgía de ellos.

—¡Hola, Al!

Se estremeció.

Durante unos segundos, incapaz de creer lo que había oído — ¡aquella voz! —, no se atrevió a levantar la cabeza.

—¡Hola, Al!

La miró, sintiendo que su corazón saltaba locamente en su pecho. Indudablemente, pensó, aquello no podía ser más que una ilusión, una alucinación que le jugaban sus sentidos, quizás emocionados por la aparición inesperada del gato.

Pero ella avanzó, viva, hacia el vehículo.

—¿Sorprendido, eh?

—¡Mary!

Porque era ella, la muchacha con la que había prometido casarse y cuya foto había mostrado tantas veces a «Sultán», hablándole tiernamente de ella...

Mary posó las manos sobre la portezuela del vehículo.

—¡Gracias a Dios que te encuentro!

—Pero...

—Sí, ya comprendo que estás aún emocionado y sorprendido. Te lo contaré todo... ¿Puedo subir a tu lado..., Al?

El enrojeció.

—¡Por favor, preciosa!

Se hizo a un lado, sintiéndose completamente feliz cuando estuvo junto a la joven.

¡Y pensar que había llegado a encariñarse con la idea de unirse a una Suzan «homónima»!

Puso el coche en marcha, guardando un silencio emocionado durante un buen rato. El estéril paisaje desfilaba a ambos lados.

Al fin preguntó:

—¿Cómo llegaste hasta aquí, querida?

—Fui a tu casa. Ya sabes que estuve una tarde con aquellos amigos nuestros... ¿lo recuerdas, Al?

—Perfectamente.

—La puerta estaba entreabierta...

Lovett se sorprendió.

—¡Qué estúpido soy! Debí dejarla sin cerrar...

—Fue una verdadera suerte, amor mío. De otra manera, jamás hubiese entrado. Recorrí toda la casa... estuve en tu habitación...; ¡es delicioso, cariño!

—Sigue...

—Penetré en el laboratorio de tu amo... sentí miedo; pero, poco a poco, lo curioseé todo, hasta que llegué ante una especie de habitación de acero, cuya puerta estaba cerrada...

—¡La cámara blindada!

—La abrí y penetré en el interior. Casi inmediatamente, un zumbido enorme me ensordeció…

—¡El motor del super-reductor!

—Estaba muerta de miedo e intenté escapar…, ¡pero la puerta se había cerrado por fuera y no pude abrirla!

—Comprendo.

—Después no sé lo que pasó… Me entró un mareo horrible y creo que me desmayé…

—Sí.

—Luego» al despertarme, oí el ruido de un vehículo que se acercaba… ¡Y te vi, Al querido!

—Eso es lo importante. Estamos juntos…, ¿qué más queremos? Aunque ha sido la más sorprendente casualidad que podía esperar —se animó en seguida —. ¡Ahora no me importa el quedarme aquí, a tu lado, el resto de la vida!

Se besaron.

Poco después el coche se detenía junto al edificio y los dos jóvenes subían en el ascensor, precipitándose en el laboratorio donde trabajaba Taylor matriz.

—¡Fíjese, profesor!

—¿Quién es esta joven, Lovett?

—¡Mary, señor!

Y explicó lo sucedido.

El profesor le escuchaba atentamente, con el entrecejo fruncido:

—Hiciste mal en dejar la puerta entreabierta, Lovett.

—Pero…

—Sí, ya entiendo. Yo me alegro, sinceramente, de que estés junto a la mujer que amas; pero, mi querido Lovett, ¿qué ocurriría si todo el mundo que entrase en casa, a! encontrar la puerta entreabierta, tuviese la ocurrencia, empujado por una curiosidad humana, de

penetrar en la cámara blindada? ¿Te imaginas la cantidad de gente que sería proyectada a este universo sin desearlo? Nosotros seríamos los responsables directos.

—No sabe cuánto lo lamento, señor.

Taylor sonrió.

—Esperemos que nadie se atreva a penetrar en casa y menos en la cámara blindada. Id, amigos... Pronto celebraremos una múltiple boda.

* * *

Max maldecía el momento de haberse dejado llevar por la falsa llamada de Taylor. Estaba más que cansado de estar allí, en aquel mundo que no comprendía. Por otro lado, se alegró que Omicrón le hiciese permanecer en el edificio, después de !a triste experiencia que había ocurrido al morir Shea matriz.

Los otros Max, en número muy crecido, guardaban la frontera Sur y protegían y trabajaban en el Norte, al lado de la presa que defendía el país de la voracidad horrible de la masa.

Max prefería caminar a pie, matando sus ocios como podía, pero sin olvidar jamás su carrera deportiva, preguntándose lo que dirían en la Tierra de la ausencia de un campeón como él.

¡Si hubiera logrado volver!

Pero, sobre aquel punto, Omicrón había sido categórico:

—«Aunque Taylor fabricase otro aparato —dijo—, no podrían salir de aquí, ya que una «reducción» mayor es imposible... Yo lamento francamente que usted, personalmente, se haya visto arrastrado a esta aventura; pero no puedo hacer nada..., lo siento.»

Y eso había sido todo.

Max se paseaba, imaginando extensos campos de rugby, oyendo los alaridos de las multitudes enardecidas, viéndose correr, con el balón ovalado fuertemente apretado contra su pecho, salvando las planchas de los contrarios, hasta situar el balón en la línea, bajo los altos

maderos de la meta.

La tristeza se iba apoderando de él.

Por eso, insensiblemente, se alejaba cada vez más del edificio, regresando al atardecer, cada vez más fastidiado y triste, deprimido hasta un punto inconcebible.

Aquella tarde, aún lejos del edificio, caminaba pesadamente, con un cigarrillo en los labios, ya que había empezado a fumar al ver que el deporte había desaparecido para él.

Iba tan ensimismado que no se percató de los que le seguían, hasta que uno de ellos gritó:

—¡Max!

Se volvió.

La emoción fue tan intensa que el cigarrillo cayó de sus labios y se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir.

—¡Max!

—¡Fred! ¡Liman! ¡Camegte! ¡Patt!…

—¡Hola, muchacho!

Le apretaron fuertemente la diestra,

—Pero ¿qué hacéis aquí?

—¡No nos hables! —dijo uno de ellos—. Supimos que estabas en casa de Taylor y fuimos a buscarte… Ya sabes que teníamos un campeonato pendiente. Nos metimos en una especie de cámara y…

—¡Ya comprendo! ¿Sabéis dónde estáis?

—No.

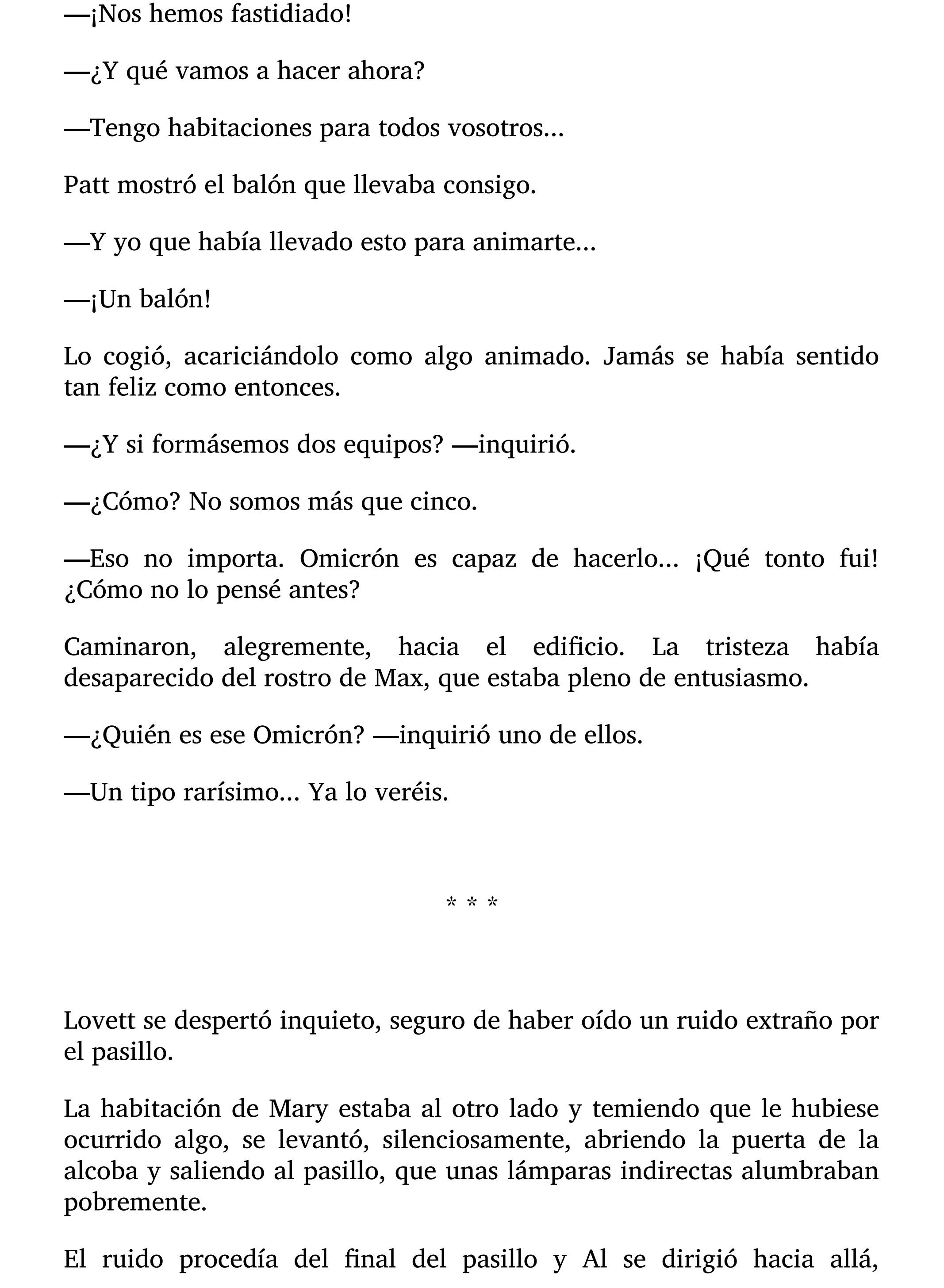
—En otra dimensión, amigos míos… de la que no podremos salir jamás.

—¿Otra dimensión? ¿Has perdido el juicio?

—No, es verdad.

Y les explicó lo ocurrido.

—¡Es fantástico!



—¡Nos hemos fastidiado!

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Tengo habitaciones para todos vosotros...

Patt mostró el balón que llevaba consigo.

—Y yo que había llevado esto para animarte...

—¡Un balón!

Lo cogió, acariciándolo como algo animado. Jamás se había sentido tan feliz como entonces.

—¿Y si formásemos dos equipos? —inquirió.

—¿Cómo? No somos más que cinco.

—Eso no importa. Omicrón es capaz de hacerlo... ¡Qué tonto fui! ¿Cómo no lo pensé antes?

Caminaron, alegremente, hacia el edificio. La tristeza había desaparecido del rostro de Max, que estaba pleno de entusiasmo.

—¿Quién es ese Omicrón? —inquirió uno de ellos.

—Un tipo rarísimo... Ya lo veréis.

* * *

Lovett se despertó inquieto, seguro de haber oído un ruido extraño por el pasillo.

La habitación de Mary estaba al otro lado y temiendo que le hubiese ocurrido algo, se levantó, silenciosamente, abriendo la puerta de la alcoba y saliendo al pasillo, que unas lámparas indirectas alumbraban pobremente.

El ruido procedía del final del pasillo y Al se dirigió hacia allá,

silenciosamente, sin comprender la calidad de los sonidos que llegaban hasta él.

Fue al llegar cerca de donde el pasillo desembocaba en el amplio vestíbulo, junto a las cajas de los ascensores, cuando vio lo más terrorífico que había podido imaginar.

¡«Sultán»!

Pero un «Sultán» de cerca de tres metros de alto, descomunal como una bestia antediluviana. Era un espectáculo verdaderamente aterrador y Lovett se sintió como helado, sin poder hacer nada ni el menor movimiento.

El gato se volvió hacia él.

Los ojos amarillentos se clavaron en él, pareciéndole que le penetraban intensamente, hasta lo más hondo del alma. Pero, al mismo tiempo, Lovett se percató de que estaba gozando de unos pocos segundos, quizá los únicos que pudieran quedarle de vida.

Y reaccionó, tan justa como prontamente.

Al correr hacia atrás, sin perder de vista al colosal felino, vio que una de las garras de éste salía disparada hacia él, chocando contra el muro del pasillo, justo en el sitio que segundos antes ocupaba Al. Las garras arrancaron gruesos trozos de pared, que cayeron estrepitosamente al suelo.

Lovett no perdió más tiempo.

Retrocediendo velocísimamente, el criado logró llegar hasta su habitación, cerrando la puerta cuando el felino dirigía un nuevo zarpazo hacia él. Detrás de la puerta, Lovett se apretó contra ella, temblando de pies a cabeza.

El gato resoplaba al otro lado, lanzando zarpazos a la puerta, que se tambaleaba, a pesar de su fortaleza. Durante unos minutos, que le parecieron siglos, el gato siguió intentando penetrar en la habitación; después, seguramente convencido de que su fuerza no podría salvar el sólido obstáculo de la puerta, con un bufido horrísono, se alejó, lentamente.

Lovett sudaba abundantemente, preguntándose qué podía haber ocurrido para que «Sultán», el plácido y cariñoso «Sultán», se hubiese convertido en aquella bestia del Apocalipsis.

¿Por qué?

Después que se hubo convencido que el animal se había alejado definitivamente. Al retrocedió hasta el teléfono, descolgándolo precipitadamente y marcando el número del laboratorio.

—¿Qué hay?

La voz del profesor calmó un poco al criado, que contó, con voz temblorosa, lo que acababa de ver.

—¿Cómo? ¿Estás seguro de que el gato tenía esas dimensiones?

—¡Sí, profesor! Cerca de tres metros de altura... ¡Una bestia horrorosa!

—Espera un momento.

Lovett obedeció, oyendo el sonido del selector al tomar otra línea; después, varios minutos más tarde, la voz del profesor volvió a sonar en sus oídos:

—¿Dónde hallaste al gato, Lovett?

—En el campo, señor.

—Pero ¿dónde?

—¿Qué quiere usted decir, profesor?

—¡En qué sitio, Al! ¿No me entiendes?

—Sí... Espere..., salí con el coche... ¡Ah, ya me acuerdo! Lo hallé un poco antes de encontrar a Mary..., no lejos del pantano.

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre, señor?

—Que lo encontraste hacia el Sur. ¿Lo entiendes ahora?

—No, francamente.

—¡Ese gato no es el nuestro, Lovett! Es decir, no es ningún gato.

—¿Entonces?

—¡Es, según me acaba de decir Omicrón..., una palidez multiforme!

—Pero...

—¡No lo dudes! Las órdenes de Omicrón son severas: ¡nadie ha de salir de su habitación! El peligro es inmenso.

—¡Pero Mary está al otro lado!

—¡Ya has oído mis órdenes, Lovett!

—Sí, señor.

Colgaron al otro lado, y Al se quedó con el aparato junto al rostro, separándolo después poco a poco hasta dejarlo nuevamente, con delicadeza, en su horquilla.

¡Palideces multiformes!

¿Qué podía ser eso?

Lovett se retorció las manos.

De todas formas, no podía dejar que Mary sufriese las consecuencias de un error suyo. Era una cobardía que jamás se perdonaría.

Se dirigió hacia la puerta, que abrió mirando que la bestia no estuviese por allí.

Salió, despacio, dejando la puerta a retroceder ante el menor peligro; pero, por suerte, todo seguía silencioso, callado, solitario.

Cruzó el pasillo, deteniéndose ante la puerta de la habitación de Mary. Le hubiese gustado llamarla, pero temía que el gato le oyese, impidiéndole que avisara a la joven.

Sólo la idea de que Mary pudiera ser sorprendida por el monstruoso animal le hizo palidecer.

Cogió el pomo de la puerta.

Se alegró y se aterrorizó, al mismo tiempo, al ver que la puerta estaba abierta y que el gato podía haber entrado en la habitación sin necesidad de ningún esfuerzo.

Empujó la puerta, bruscamente, al tiempo que sus labios pronunciaban la palabra amada:

—¡Mary!

Entonces, desde el dintel, asistió a aquella escena horripilante, sin poder moverse, como si se hubiera convertido en una estatua de piedra.

CAPÍTULO VIII

¿Espeluznante? ¿Indecible? ¿Horripilante?

No, simplemente increíble.

Porque Mary estaba allí; pero... ¿aquélla era su Mary?

¡Imposible!

La criatura que tenía ante él no podía ser... ¡nada! Era algo vago, con algunos detalles humanos; como, por ejemplo, la cabeza que tenía entre las manos.

Efectivamente, la forma era vaga, pálida, como un trozo de amanecer que se hubiese filtrado en la estancia; pero a pesar de la inconsistencia de la imagen, las manos, La cabeza y las piernas eran perfectamente visibles.

Lo horrible eran aquellas manos, que tenían la cabeza de Mary entre los dedos y que la apretaban, deformándola como si se tratase de un trozo de arcilla.

¿Qué intentaban aquellas horribles manos?

Porque, por el momento, lograban deformar la cabeza, la estaban aplastando, dándole la forma de un huso impreciso que luego, repentinamente, en aquellas manos fue convirtiéndose en una masa redondeada, que se transformó después en una cabeza de animal...

¡La de un gato!

Una vez que la fabulosa transmutación fue hecha, las manos colocaron la cabeza sobre el cuello, surgiendo un ser de fantasía, con cuerpo vagamente humano y cabeza de felino; una cabeza descomunal y que no correspondía al tamaño del cuerpo.

Después las manos se juntaron, entrelazándose los dedos, trabajándose mutuamente, hasta que las manos humanas se convirtieron en garras.

Lovett permanecía inmóvil, como pegado al suelo.

Luego, cuando las patas surgieron y la criatura se inclinó, mirando, por vez primera, a Lovett, con sus ojos amarillentos, éste se dio cuenta que se hallaba nuevamente en el mismo peligro que antes, cuando descubrió a la bestia en el vestíbulo.

Retrocedió, a toda velocidad, logrando cerrar la puerta con el tiempo justo.

¡Se había salvado otra vez!

* * *

Los Max «homónimos» luchaban desesperadamente.

Uno de ellos comunicó la grave situación a Omicrón, que prometió resolver el problema lo antes posible.

Después de cerrar la palanca del visófono, Omicrón se movió lentamente hacia una puerta disimulada en la pared, que se abrió poco antes de llegar él.

Era curioso ver aquel robot, en cuya mano reposaba el recipiente conteniendo el cerebro de Omicrón, ya que el hombre mecánico no era más que el portador y, al mismo tiempo, el medio de comunicación de Omicrón con el exterior.

La puerta se cerró silenciosamente tras él.

Una serie de pasillos le condujeron hasta una entrada lateral del laboratorio, en el que penetró después de comprobar que Taylor matriz estaba allí, trabajando.

El profesor se volvió, al oír los pasos del robot.

—¡Omicrón!

—¡Hola, Harvey!

—¿Qué ocurre?

Taylor se había acostumbrado a mirar al cerebro, cuando hablaba con aquella extraña asociación, a pesar de que era el robot quien le hablaba. Pero Harvey sabía que las ideas procedían de aquel encéfalo ambulante.

—Las cosas empiezan a ir mal, Taylor. Una vez que las «Palideces Multiformes» han penetrado en el edificio, podemos considerar que la partida está perdida…

—¡Todavía no!

—Me gusta tu vehemencia; pero, en este caso, no servirá de nada. Escucha: quiero decirte hoy cosas que no había pensado decir a nadie. Ya me imagino que te habrás preguntado muchísimas veces la significación de mi presencia aquí, de este edificio y de todo lo demás. ¿No es verdad?

—Lo es.

—Hace muchísimo tiempo, cerca de dos mil años, una ciudad entera vivía aquí, una ciudad floreciente, habitada por hombres que poseían una civilización sorprendente… y que eran tan humanos como vosotros.

»Otra ciudad, al otro extremo del país, se desarrolló al mismo tiempo; pero sus habitantes eran ambiciosos y concentraron todo su saber en la construcción de armas tremendas, pensando declararnos la guerra y destruirnos, para conseguir la hegemonía del planeta.

—¿Lo lograron?

—Sí. Pero olvidaron, impelidos por su barbarie, los dos peligros que, desde siempre, habían planeado sobre las gentes de las dos ciudades. Ambos pueblos lucharon durante años y años contra la masa y más tarde contra las «Palideces Multiformes», que debieron llegar de otros mundos.

«Nuestras dos ciudades estaban rodeadas de altas murallas, habiendo logrado un medio de defensa que, aunque no perfecto, nos proporcionaba una tranquilidad bastante grande, pudiendo seguir viviendo sin el temor de nuestros antepasados a los poderes maléficos que siempre nos han rodeado.

»Pero los habitantes de la otra ciudad olvidaron esto y se lanzaron un

día contra nosotros, que ignorábamos sus criminales propósitos. Sus robots limpiaron los caminos, abriéndose paso hasta aquí y penetrando en la ciudad por sorpresa, destruyeron todo cuanto se puso al alcance de su mano.

»Después se fueron.

»La destrucción había sido casi completa, ya que el único ser vivo que había quedado de aquella "masacre" era yo, al que no vieron, por estar trabajando en lo hondo de un sótano blindado, donde poseía un importante laboratorio.

»Yo tampoco me enteré de nada hasta dos días después, cuando salí, quedando asombrado y horrorizado al ver lo que había sucedido.

»Pero ya era tarde.

«Pequeñas porciones de masa empezaban a penetrar en lo que habían sido los límites de la ciudad, cuya extensión era enorme. Temiendo que la masa se adueñase de todo —entonces no habían llegado aún a nuestro planeta las «Palideces Multiformes» —, movilicé a todos los robots que tenía en el laboratorio, empezando a levantar un muro que, por el momento, supliese al que nuestros enemigos habían derribado.

—¿Y ellos?

Omicrón tardó unos instantes en contestar:

—Pagaron su culpa. No habían calculado el poder horrendo de la, masa y confiaron en la potencia de sus robots, que habían, como te dije antes, abierto un camino de una ciudad a otra.

»La masa se impuso, los rodeó y se los tragó, no dejando más que las partículas metálicas de los corroídos robots. Como habían venido todos, sin excepción, a gozar de la destrucción de nuestra ciudad, su raza terminó definitivamente. Pero de todo eso me enteré muchísimo más tarde.

»En aquellos horribles momentos, mientras mis hombres mecánicos levantaban apresuradamente una muralla, yo me daba cuenta de que me había quedado completamente solo.

Y que, hiciese lo que hiciese, sería el último elemento de mi raza, que acabaría definitivamente conmigo.

—Comprendo.

—Era, como comprenderás, una sensación hartamente dolorosa y pesimista.

—Y, en aquellos momentos... ¿eras aún una criatura como nosotros?

—Sí. Y lo seguí siendo muchísimo tiempo. Después de levantar la muralla ordené a los robots que reconstruyesen el edificio en cuyos sótanos me había sorprendido la guerra.

—¿Este?

—Sí. Lo hice amplio, enorme, descomunal. Pero creo que obré así para sentirme menos solo, para hacerme la ilusión de que un día este edificio volvería a llenarse de hombres y mujeres, como el núcleo de una futura ciudad.

—¿Y después?

—Empezó a pasar el tiempo... mucho más rápidamente de lo que yo había pensado. Para vencer el efecto, terrible de la soledad, me dediqué rabiosamente al estudio, llegando entonces a comprender, a intuir, que todo mi universo no era más que un montón de átomos y que debía, necesariamente, haber otros universos que se movían en dimensiones distintas.

»Surgió entonces la idea de comunicarme con Vos habitantes de los otros universos. Y así, después de treinta años de estudios ininterrumpidos, conseguí idear el «ultraperkón», aparato que emite ondas de tipo general, capaces de salir de mi universo y volver, impresionadas especialmente, si tropezaban con criaturas inteligentes.

—¿Una especie de radar, verdad?

—Eso es. Las ondas sufrían unas modificaciones, calculables cuantitativa y cualitativamente, cuando tropezaban con cerebros organizados, pertenecientes a criaturas inteligentes.

»Así te descubrí.

—¿A mí?

—Sí. Estudiando la reflexión de las ondas, llegué a «loca- fizarte», siguiéndote, a partir de aquel momento, con una gran facilidad. Luego, más tarde, descubrí el «teneanalizador» y pude empezar a conocer las cualidades de tu mente.

»Ya no me faltaba más que empujarte a un trabajo que terminase trayéndote aquí.

»Pero entonces me di cuenta de que estaba envejeciendo rápidamente y de que la idea se me iba de las manos sin remedio. La idea de desaparecer, sin lograr lo que me proponía, me desesperó.

»Y abandonando mis trabajos sobre otros universos, empecé a estudiar furiosamente la manera de garantizar una supervivencia que me permitiese seguir trabajando.

»Fue necesario mucho tiempo, sobre todo para fabricar los robots que fuesen capaces de realizar la operación quirúrgica que yo necesitaba que me hiciesen.

»Era ya un viejo decrépito cuando conseguí un equipo de hombres mecánicos en cuyas manos podía confiarme. Había preparado personalmente todo el mecanismo electrónico y fabricado el robot que debía ser mi cuerpo. Sólo quedaba el resto, lo más importante y difícil.

»Recuerdo ahora aquellos instantes y no puedo hacerlo sin sentir la angustia horrible que experimenté entonces.

»¿Te lo imaginas?

—Apenas.

—Me tendí en la cama de operaciones, ordenando al robot anestesista que empezase. A medida que iba sumiéndome en la narcosis, pensaba que el menor error mecánico en aquellas manos que no iban más que a repetir lo que yo les había enseñado, podía costarme la vida...

—¡Es tremendo!

—Lo era. Seis robots estaban trabajando sobre el cuerpo de la última criatura viva que quedaba en este mundo... Estuvieron once horas, como me demostraron después los cronógrafos y las películas que las cámaras automáticas filmaron durante la operación.

»Cuando desperté, dos días después, las imágenes que llegaban a mi cerebro no eran ya las que estaba acostumbrado a ver a través de mis ojos, sino las que me arribaban a través del aparato de televisión de que estaba dotado mi "portador"...

»¡Lo había conseguido!

»Era una sensación completamente nueva la de saber que aquel hombre mecánico llevaba mi cerebro en un recipiente, conectado a sus organismos motores y sensitivos y unidos a la vez por conductos finísimos al "estómago" del robot, donde se producían sintéticamente las sustancias necesarias para nutrir mi encéfalo.

»Pero, a pesar de todo, yo había conseguido desprenderme de mi viejo cuerpo, que empezaba ya a flaquear, y que me hubiese arrastrado a su propia muerte...

«Calculé que podía vivir indefinidamente.

«Entonces, amigo mío, pude continuar los estudios y comunicarme con tu cerebro, sin que te dieses cuenta. Mi proyecto era hacerte venir para que me ayudases a constituir una nueva y hermosa ciudad.

»Tus pocas amistades me tuvieron sumido durante mucho tiempo en un verdadero problema. Eras una rata de laboratorio y nadie, excepto tu criado, podría venir hasta aquí.

»Pero poco después te enamoraste y las cosas ie arreglaron de otra manera mucho más satisfactoria. Lo demás ya lo sabes.

—Ha sido una tremenda lucha...

Omicrón acabó:

—... que no ha servido para nada.

—¿Porqué?

—No seas niño, Taylor. Se está perdiendo todo... Los Max «homónimos» me han comunicado que ya no hay posibilidad de detener a la masa...

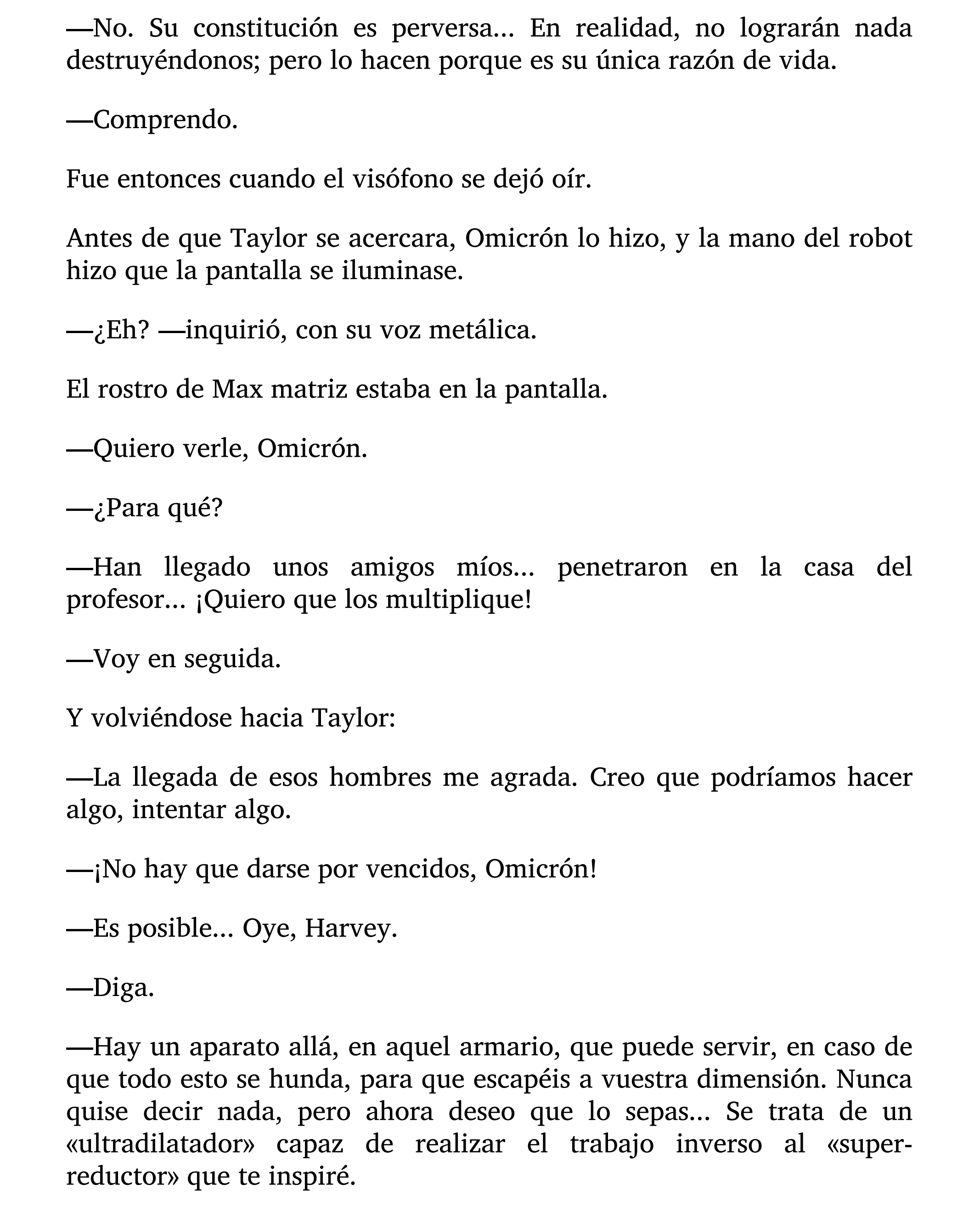
—¿Y la presa?

—Se está resquebrajando... Además, las «Palideces Multiformes» han llegado hasta aquí y...

—¿Has conseguido saber de qué se trata?

—Creo que sí. Son criaturas en estado micelar, dotadas de una plasticidad tremenda.

—¿Y no habría manera de entenderse con ellas? ¿No podíamos hacer un pacto?



—No. Su constitución es perversa... En realidad, no lograrán nada destruyéndonos; pero lo hacen porque es su única razón de vida.

—Comprendo.

Fue entonces cuando el visófono se dejó oír.

Antes de que Taylor se acercara, Omicrón lo hizo, y la mano del robot hizo que la pantalla se iluminase.

—¿Eh? —inquirió, con su voz metálica.

El rostro de Max matriz estaba en la pantalla.

—Quiero verle, Omicrón.

—¿Para qué?

—Han llegado unos amigos míos... penetraron en la casa del profesor... ¡Quiero que los multiplique!

—Voy en seguida.

Y volviéndose hacia Taylor:

—La llegada de esos hombres me agrada. Creo que podríamos hacer algo, intentar algo.

—¡No hay que darse por vencidos, Omicrón!

—Es posible... Oye, Harvey.

—Diga.

—Hay un aparato allá, en aquel armario, que puede servir, en caso de que todo esto se hunda, para que escapéis a vuestra dimensión. Nunca quise decir nada, pero ahora deseo que lo sepas... Se trata de un «ultradilatador» capaz de realizar el trabajo inverso al «super-reductor» que te inspiré.

—¡No le abandonaremos, Omicrón! A su lado he aprendido más que en muchos años en la Tierra.

—Gracias. Yo no deseo, de ningún modo, que me abandonéis; pero si cayese en manos enemigas y fuese destruido, te ruego que abandones esta dimensión... donde no podrías hacer absolutamente nada.

—Lo haría.

—Bien. Ahora voy a ver a Max.

Taylor le detuvo.

—Una cosa, Omicrón.

—Di.

—¿Cómo realizas las multiplicaciones?

—No es difícil. Aprovecho la «instantaneidad existencial». Toda criatura humana tiene el deseo de «pluralidad», de poder estar en varios sitios al mismo tiempo...

—Pero no lo logra.

—Materialmente, no; pero mentalmente puede hacerlo. Yo me limito, Taylor, a materializar esos deseos. Lo que ocurre es que los «homónimos» no son más que meras copias, dependiendo siempre de la matriz. Puedo multiplicar los cuerpos, pero no el alma, que siendo única, queda en poder de la criatura original.

—Ya comprendo...

—No olvides lo de mi aparato. Dentro de un rato puedes comunicarte conmigo, aunque sería mejor que tuvieses el visófono conectado constantemente con mi despacho.

—Bien.

Omicrón salió y Taylor se quedó con los ojos entornados, pensando en todo lo que acababa de oír. Era tan extraño, tan portentoso, que no lograba racionalizarlo, cosa que no conseguiría hasta que las ideas se posasen en su cerebro.

Poco después, recordando las instrucciones que le había dado Omicrón, encendió el visófono, viendo el amplio despacho del encéfalo ambulante, donde en aquellos momentos estaban Max y sus amigos.

La voz del mismo llegó hasta él.

—Le ruego que lo haga, Omicrón...

—Lo haré, pero solamente en el número que deseas ya que necesito

una multiplicidad mayor… Voy a hacer cien ejemplares de cada uno de tus amigos. Así tendrás los que necesitas para ese deporte, y yo podré enviar el resto a la presa, donde tus homónimos son ya insuficientes.

—¡De acuerdo! —y volviéndose hacia sus compañeros—: ¿Os habéis dado cuenta de que os decía la verdad? ¡Omicrón es un tipo formidable!

Entretanto, el encéfalo ambulante había cogido un aparato analizador, preparándose a realizar la «pluralización» de aquellas criaturas. Pero, al enfocar el aparato sobre una de ellas gritó:

—¡Son «Palideces Multiformes»! —gritó el robot.

—¿Eh? —se extrañó, palideciendo, Max.

Pero ni uno ni otro tuvieron tiempo de reaccionar.

Dos de las «palideces» saltaron sobre el robot, haciendo que el recipiente escapase de su mano derecha. El cristal se hizo pedazos y el encéfalo de Omicrón cayó al suelo, siendo pisoteado por aquellas bestias.

En cuanto a Max, de poco le sirvió su fuerza atlética.

Una de las «Palideces» modificó una de sus manos, «plasteándola» en forma de dardo, que hundió en el pecho de Max, que se desplomó con un aullido de dolor.

Aquella tragedia no había durado más de treinta segundos.

Pálido, ante el visófono, sin poder hacer nada, Taylor sintió una tremenda tristeza, cerrando finalmente el aparato, para no seguir viendo el horror de lo que había pasado en el despacho del desdichado Omicrón.

Quedóse inmóvil; después, reaccionando, se acercó al teléfono, estableciendo comunicación con Lovett.

—¡Hay que escapar, amigo mío!

—¿Dónde señor? Hay criaturas horribles por los pasillos… ¡Mary era también una «Palidez Multiforme»!

—No te importe. Omicrón había hecho un aparato para volver…

—¿Es verdad?

—Sí. Sal y espera en la salida del edificio... Ármate con lo que quieras. Creo que hay rifles electrónicos en tu habitación...

—¿Y usted, señor?

—Yo voy en busca de Suzan... Será cuestión de unos momentos.

—Le esperaré.

—Ten mucho cuidado, Lovett, y no te fíes de nada... Las «Palideces» pueden adoptar la forma que quieran. Ya lo sabes...

—Tendré cuidado, señor.

—Hasta ahora.

—Adiós.

CAPÍTULO IX

Encontró, tal y como le había dicho el profesor, un armario con varios rifles electrónicos.

Cogió uno.

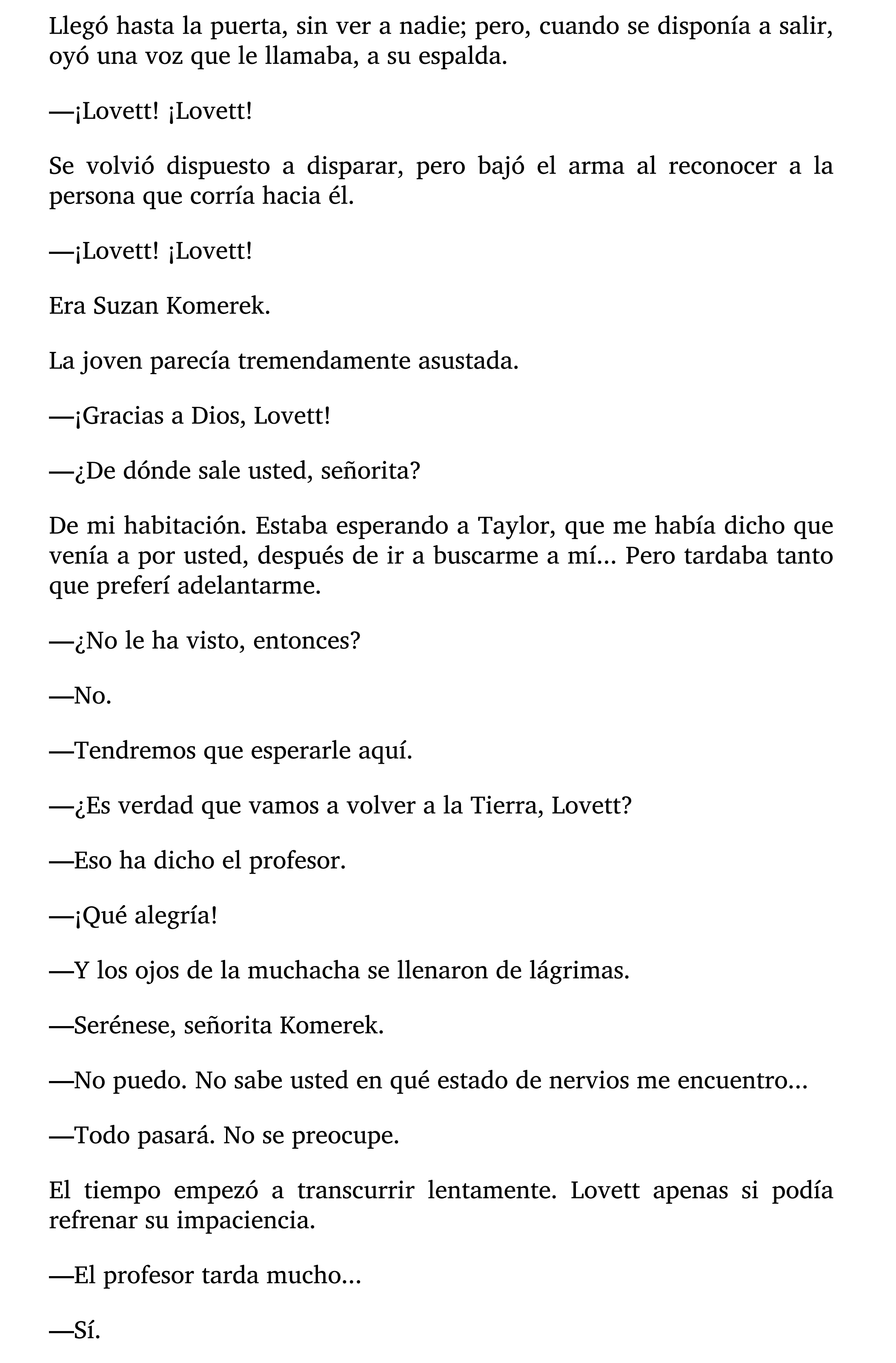
No las tenía todas consigo, pero la posibilidad de salir de aquel universo de locura era mucho más fuerte que su miedo.

Salió de la habitación, con el arma fuertemente cogida en sus dedos, dispuesto a vender cara su vida, aunque una docena de gatos gigantescos se le presentasen.

Miró a ambos lados.

Pero el pasillo estaba completamente vacío y pudo llegar hasta los ascensores, descendiendo en uno de ellos hasta el gran hall de la planta baja.

Su nerviosismo era creciente.



Llegó hasta la puerta, sin ver a nadie; pero, cuando se disponía a salir, oyó una voz que le llamaba, a su espalda.

—¡Lovett! ¡Lovett!

Se volvió dispuesto a disparar, pero bajó el arma al reconocer a la persona que corría hacia él.

—¡Lovett! ¡Lovett!

Era Suzan Komerek.

La joven parecía tremendamente asustada.

—¡Gracias a Dios, Lovett!

—¿De dónde sale usted, señorita?

De mi habitación. Estaba esperando a Taylor, que me había dicho que venía a por usted, después de ir a buscarme a mí... Pero tardaba tanto que preferí adelantarme.

—¿No le ha visto, entonces?

—No.

—Tendremos que esperarle aquí.

—¿Es verdad que vamos a volver a la Tierra, Lovett?

—Eso ha dicho el profesor.

—¡Qué alegría!

—Y los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—Serénese, señorita Komerek.

—No puedo. No sabe usted en qué estado de nervios me encuentro...

—Todo pasará. No se preocupe.

El tiempo empezó a transcurrir lentamente. Lovett apenas si podía refrenar su impaciencia.

—El profesor tarda mucho...

—Sí.

—¿V si fuésemos a buscarlo?

—¿Usted cree? ¿No podría ser que nos cruzásemos en el camino?

—Es verdad. Lo mejor es aguardar un poco más.

—¡Mire, ahí está!

En efecto, uno de los ascensores acababa de abrirse y el profesor salía; pero el asombro de Lovett estalló como una granada al ver que detrás de él salía otra señorita Komerek.

Apretó el arma en las manos.

Casi inmediatamente todos los demás ascensores se abrieron y profesores y muchachas salieron alegremente del brazo, pasando ante Lovett y la joven sin parecer verlos.

—¡Esto es espantoso! —exclamó la muchacha que estaba al otro lado del criado.

Lovett la miró torvamente.

Todavía no estaba seguro, pero empezaba a sospechar que había sido nuevamente engañado y que la Suzan que tenía al lado no era más que una «Palidez Multiforme», que esperaba el momento de actuar.

Las numerosas parejas se habían detenido en la entrada del edificio y parecían esperar algo, igual que los otros dos.

Lovett sudaba abundantemente.

Una idea desesperada empezaba a abrirse paso en su cerebro: algo que iba a sacarle definitivamente de dudas, ya que estaba más que harto de aquella locura increíble.

—¡Que sea lo que sea! —exclamó, en voz alta.

Y se echó el rifle a la cara.

—¿Qué va usted a hacer, Lovett? —inquirió, a su lado, la muchacha, con un tono de terror en la voz.

—¡Aclarar, de una vez, este horrible absurdo!

—Pero…

—Ya sé que es posible que me equivoque... ¡pero prefiero eso a estar hundido en este misterio, que terminará volviéndome loco!

Y disparó.

Uno de los profesores se desplomó, al lado de la joven que le acompañaba, que lanzó un grito de horror.

Pero los otros siguieron con sus parejas…

Lovett sonrió ferozmente.

—¿Ve usted? ¡Ese no era el verdadero profesor! ¡Mire!

Y volvió a disparar.

Otra figura se desplomó, pero esta vez la muchacha que le acompañaba se lanzó velozmente hacia Lovett, dispuesta a arrancarle el rostro con las uñas.

Rápidamente Lovett se volvió a medias, hacia la joven.

—¿Seguro que es usted la verdadera Suzan?

—¡Seguro!

—Bien.

Y disparó.

La mujer, golpeada por al proyectil electrónico en pleno pecho, se desplomó sin vida.

Y las demás siguieron en pie, demostrando que aquélla que acababa de caer no era la Suzan matriz.

—Por ahora —sonrió Lovett—, Tiene usted razón... Veremos después.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada.

Y para sus adentros:

Esta vez no me dejaré engañar por nadie... «Palideces asquerosas. Pronto sabré si eres la Suzan de verdad; de lo contrario, una de las balas de mi rifle será para ti...»

Siguió disparando.

Una a una, las siluetas masculinas se fueron desplomando, quedando sólo las Suzan «homónimas», entre las que muy bien podía hallarse la verdadera.

Pero esto se vería después.

Cuando el último «profesor» cayó, Lovett palideció tanto, ya que aquel último Taylor podía ser el verdadero, puesto que no se podía demostrar que su muerte hubiese acabado con los «homónimos».

Pero Al se recuperó en seguida.

Una especie de loca furia se había apoderado de él.

—¡Ahora les toca a las damas!

Y disparó, contra una de ellas, derribándola de un certero disparo.

Las otras siguieron en pie.

—¡Una! —cantó, alegremente.

Se disponía a disparar nuevamente cuando la Suzan que tenía al lado se agarró frenéticamente al rifle:

—¡No sea loco, Lovett!

—¿Eh?

—¡Serénese, por favor!

Entonces, Lovett comprendió.

Ahora ya no podía tener la menor duda que la muchacha que tenía al lado no era otra cosa que una «Palidez Multiforme», uno de aquellos asquerosos seres que deseaba que él no comprobase su verdadera identidad.

Luchó con ella, desesperadamente, hasta lograr que la muchacha soltase el arma.

—¡Fuera de aquí, asquerosa criatura! ¿Querías engañarme, eh?

—¡Lovett, por favor!

—¡Calla, hipócrita!

viendo que ella sollozaba:

—¡De nada te servirán tus lágrimas de cocodrilo, falsa! I Ahora verás!

Ella, al darse cuenta del peligro, retrocedió vivamente:

—¡No, Lovett! ¡No!

—¿Por qué no te conviertes en «Sultán» o en Mary o te disuelves en el aire… ¡No te daré tiempo! ¡Toma!

Y apretó el gatillo.

La muchacha se desplomó inmediatamente.

Las otras Suzan, que todavía quedaban en pie, desaparecieron como si se hubiesen disuelto en el aire.

Lovett tardó unos instantes en reaccionar, tan atontado se había quedado. Después, percatándose de lo que había hecho:

—¡Dios mío! ¡He matado a la verdadera Suzan!

Sus ojos se dilataron de terror.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo podría justificarse ante el profesor?

Y como si sus palabras hubiesen sido oídas, Taylor salió de uno de los ascensores, llevando debajo del brazo un aparato del tamaño de un maletín.

—¡Lovett!

Al retrocedió, horrorizado.

—¿Eh?

Taylor no se había fijado, hasta entonces, en el cuerpo de Suzan; pero al verlo:

—¿Qué es esto?

Lovett no pudo decir nada que fuese mentira. Y haciendo un esfuerzo:

—La he matado yo, señor… Creí que se trataba de una «Palidez Multiforme».

—¡Canalla!

Le arrancó el rifle de la mano, apuntándole fríamente:

—¡Vas a morir, perro!

Lovett se sintió tremendamente triste.

—Está usted en su derecho de hacerlo, señor.

—¡Claro que lo voy a hacer! ¡Has matado lo que más quería en el mundo, imbécil! ¿Cómo quieres que te trate? ¿Qué hago con el asesino de la mujer que iba a ser mi esposa?

Al no dijo nada.

—Aunque, después de todo, ¿qué satisfacción me daría tu muerte, gusano repugnante? No, no lo haré… La muerte no sería demasiado castigo, al menos una muerte rápida.

Se alejó un tanto, maniobrando el aparato que, hasta entonces, había dejado en el suelo para apoderarse del rifle.

—¡Voy a volver a la Tierra, Lovett!

Al palideció, mordiéndose los labios y mirando, con ojos muy abiertos, el aparato.

—Tú tenías que haber venido conmigo… y con ella. Pero tu estupidez te ha perdido… ¡Peor para ti!

Se había puesto un cinturón y maniobraba rápidamente las manecillas del aparato.

—Yo volveré triste, porque has matado todo lo que quería… pero, ¿te imaginas tu final, perro?

—¡No!

Taylor sonrió, al darse cuenta de que el terror empezaba a hacer mella en su criado.

—¡Las «Palideces» están ya aquí! Pero no es eso lo más terrible. Ya que, como he llegado a saber, no son capaces de hacer daño cuando lo otro se acerca… Como todos los seres de este universo, las «Palideces» también tiene miedo.

Lovett no decía nada.

—¿Y sabes a qué tienen miedo, estúpido? ¡A la masa! Porque la masa no perdona a nadie... Es algo elemental, una criatura formidable, primitiva, celular, que no piensa porque no tiene cerebro... sólo devora...

Al no podía más.

—¡Señor! —suplicó—. Yo disparé contra la señorita Suzan creyendo que se trataba de una de esas horribles «Palideces»... ¿Qué podía saber yo? Desde que llegué aquí, demostrando mi lealtad hacia usted, he estado envuelto por cosas extrañas, que más parecen salir de una horrible pesadilla que de otra cosa...

—¡Eso no justifica tu canallada!

—No es ninguna canallada, sino el deseo de saber la verdad, de librarme de esas presencias indeciblemente horrendas.

—De nada te servirán tus súplicas, Lovett... Voy a irme...

Al bajó la cabeza.

—Está bien, señor... Si usted lo quiere.

Pero, aprovechando un momento de distracción del profesor, se lanzó, con la cabeza baja, contra Taylor, dispuesto a apoderarse del aparato, fuese como fuese.

Pero, para desgracia de Lovett, el golpe no fue todo lo decisivo que él había pensado y Harvey se levantó, prestamente, lanzando una carcajada estridente.

—¡Además de asesino eres un traidor!... ¡Adiós, Lovett!

Su figura se fue difuminando rápidamente.

—¡No! ¡No!

Loco de terror, Lovett se apoderó del rifle, dispuesto a matar a aquel hombre que habíalo olvidado todo, incluso su lealtad intachable. Pero cuando intentó apuntar, nadie estaba allí.

El profesor había desaparecido.

Lovett se quedó inmóvil, con el arma en la mano. Durante mucho rato,

permaneció allí, sin moverse; después, al oír un susurro que venía del interior del edificio, se volvió lentamente, con un gesto apático.

Cuatro gigantescos gatos avanzaban hacia él.

Al disparó, derribando a uno de ellos. Pero los animales no parecían venir en su busca, ya que los otros tres pasaron velozmente por su lado, huyendo por la monumental puerta de la casa.

Lovett salió fuera.

La quietud del día era imponente; pero, por encima del silencio que debía reinar, un susurro creciente se dejaba oír, viniendo de todas partes, como si aquello convergiese hacia el edificio.

¿Aquello?

No tardó en verlo.

Avanzaba lentamente, arrastrándose por el suelo, como una inmensa gota de gelatina que fuese escurriéndose poco a poco.

— ¡La masa!

Allí estaba el horrendo peligro del que el profesor le había recalcado el espanto que producía… Y Lovett recordó la muerte de Shea, lentamente devorado en el interior de la masa.

Retrocedió, horrorizado.

La masa avanzaba lenta, lentamente…

Corriendo, Al penetró en la casa, subiendo en uno de los ascensores al último piso. Salió después a la azotea y miró hacia abajo.

Todo lo que alcanzaba la mirada estaba en poder de la masa, que formaba como una superficie brillante sobre el suelo, hasta donde el cielo y ella se confundían, en la fina línea del horizonte.

Desde allá arriba, Lovett pudo contemplar la horrible desesperación de las «Palideces Multiformes», que corrían de un lado para otro, cambiando de forma a cada instante, deseando escapar a la inexorable criatura que iba apoderándose, sin esperanza para nadie, de todo el terreno.

Vio caer, una a una, aquellas absurdas presencias que tanto miedo le habían dado.

Y se quedó solo.

Solo, en aquel universo maldito, solo en lo alto de un edificio por el que empezó a trepar la masa, a la caza de su última presa.

¿Cuánto duró aquella agonía?

De vez en cuando, Lovett descendía por las escaleras, hasta tropezar casi con la masa, que seguía subiendo. Así, poco a poco, fue sabiendo en qué piso se encontraba, obrando como si desease conocer exactamente lo que podía quedarle de vida.

Faltaban cuatro pisos.

Lovett se alimentaba poco, habiendo perdido el apetito casi por completo: su único deseo era saber dónde se hallaba su alucinante enemigo.

Faltaban tres pisos.

Al recordar al profesor, Al cerraba los puños, pensando en lo agradable que le hubiese resultado haber cambiado el puesto con él que, en aquellos momentos, debía estar en la cómoda casa, al abrigo de peligros como el que seguía subiendo la escalera.

Faltaban dos pisos.

Ya se oía, sobre todo por la noche, el rumor que la masa hacía al respirar: un sonido semejante al agua que hierve a borbotones.

Faltaba un piso.

Lovett seguía desde arriba, con los ojos desmesuradamente abiertos, el avance de la masa, contando los escalones que faltaban y que pronto no fueron más que cinco.

Un escalón sólo...

Pudo entonces contemplar la babosa superficie de la masa, con su ondulación repugnante que formaba, a veces, como múltiples brazos, dispuestos a coger a aquella última criatura que calmaría, muy poco, el colosal apetito de su masa enorme...

Hasta que quedó arrinconado, sin poder moverse, viendo, con indecible horror, cómo los seudópodos de la masa se tendían hacia él.

CAPÍTULO X

¡Lovett! ¡Lovett!

Abrió los ojos, lanzando un alarido horrible, sintiendo una opresión creciente en el pecho.

—¡Lovett!

—¡La masa! ¡La masa que me ahoga!

Alguien le sacudió, con cierta violencia, haciéndole mirar hacia el lado derecho.

Porque Mary estaba a su lado. Y él, contra todo lo que ella podía esperar, la miró con horror.

—¡Fuera! ¡Fuera! Ya sé que eres una «Palidez Multiforme»! Pero de nada te servirán tus malas artes... ¿No ves que la masa nos ha cogido a todos?

Mary se volvió hacia alguien y Al, cuando miró hacia allá, vio el rostro preocupado del profesor Taylor.

—¡Perro! — rugió.

Pero Harvey no pareció inmutarse mucho.

En aquel momento/alguien llamó a la puerta de la habitación y una voz femenina anunció, dulcemente:

—Es el doctor, profesor...

—Que pase.

Un hombre alto penetró en la estancia.

Inclinándose sobre Lovett lo contempló largamente; después:

—¿Cómo se siente usted?

Al sonrió.

—Estoy muerto... en el estómago gigantesco de la masa... ¿Por qué

vienen a torturarme más?

—No se preocupe… Está usted en su habitación… ¿Qué es eso de la masa?

—¡Pregúnteselo al profesor!

El médico se volvió hacia Taylor:

—¿Lo sabe usted?

Harvey asintió.

—¿Quiere venir conmigo, doctor?

—Sí.

Salieron de la habitación de Lovett, dirigiéndose al laboratorio.

—Siéntese, por favor.

Y cuando el médico lo hubo hecho:

—Tomé todo el delirio de mi criado en cinta magnetofónica.

—Muy interesante.

—Más de lo que usted cree… ¿Quiere oírlo?

—Sí.

La cinta empezó a rodar y poco a poco brotaron las palabras, las frases, que contaban la tremenda historia, el espantoso viaje a la dimensión imposible.

Cuando el aparato se paró, dos horas más tarde, el médico se frotó el mentón pensativo.

—Es un caso raro de delirio… ¿No es verdad?

—Yo creo que sí.

Y después de una pausa:

—¿Cuál es su diagnóstico, doctor?

El otro frunció el entrecejo.

—No es mi diagnóstico lo importante, sino mi pronóstico.

—¿Usted cree?

—Sí. A primera vista, todo esto parece un delirio de tipo esquizofrénico, con vivencias generalizadas, de tipo cósmico… Pero ya le digo que el pronóstico es lo importante.

—¿Grave?

—Mucho

Hubo un corto silencio.

—Escuche, doctor… Yo apreció mucho a Lovett y desearía que se curase. El enviarlo a un frenocomio me espanta.

—Pues no tendrá otro remedio.

—¿Cree usted, verdaderamente, que ha perdido la razón?

—De una manera definitiva.

—Lo dudo…

El médico levantó las cejas, perplejo.

—No le entiendo, profesor.

—Lo comprendo. Yo puedo asegurarle que Lovett curará… por completo.

—¡Usted fantasea, amigo mío!

—No lo crea. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Las qué quiera.

—Bien… Para que Lovett recobrase su juicio… ¿qué sería necesario?

—No le entiendo.

—Me explicaré más claramente… Si Lovett pudiese comprobar la realidad de su… delirio… ¿se pondría bien?

—¡Eso es un absurdo!

—No ha contestado a mi pregunta, doctor.

—Evidentemente... cuando un delirio se convierten realidad... deja de ser delirio... si es que lo ha sido alguna vez. Pero...

—Un momento. ¿Está seguro de que tal cosa podría curar a Lovett?

—Sí.

Y sonriendo levemente, el médico desfrunció el entrecejo:

—¡Ahora entiendo! —exclamó—. Usted desea montar una especie de escenario que haga que el enfermo crea en la realidad de ciertas vivencias alucinatorias... ¿no es eso?

—En cierto modo.

—Entonces, amigo mío, no puedo asegurarle la curación completa. Es posible que mejore un poco... No es la primera vez que utilizamos ese procedimiento en Psiquiatría.

—¡Curará!

—Si tuviese tanta fe como usted...

—La tendrá. ¿Quiere venir un momento a la habitación vecina?

—Con mucho gusto.

Avanzaron, pero Taylor se detuvo, junto a la puerta, volviéndose al médico.

—¿Recuerda todos los personajes que han intervenido en el delirio de mi criado?

—Perfectamente.

—Pase, entonces.

El médico, con una sonrisa escéptica, atravesó el umbral. Pero, inmediatamente, retrocedió, llevándose la mano a la boca.

—¡Omicrón!

—¿Qué le parece?

El doctor, pasada la sorpresa, sonrió:

—Una reproducción fantástica... ¡Muy bien, profesor!

—Haga el favor de acercarse.

El otro obedeció.

Y, entonces, Taylor, señalando al médico:

—Te presento al doctor Williams, Omicrón.

—Encantado.

—¿Eh? -rió-. ¿Una cinta magnetofónica, verdad? ¡Es estupendo!

Taylor sonrió.

—No, doctor. Está usted ante el verdadero Omicrón.

El médico le miró, horrorizado.

—Es verdad… perdone…

Pero Taylor, cogiéndolo por el brazo:

—No, doctor… no hace falta que me dé la razón… Yo no estoy loco. Escuche lo ocurrido: cuando yo hice desaparecer a «Sultán», ante los ojos de Lovett, éste debió impresionarse muchísimo y cayó enfermo aquella misma noche.

»Yo llamé entonces a Mary, su prometida, y a la señorita Komerek, que ya ha visto usted arriba y que es mi prometida… No creí que lo de Lovett evolucionase de una manera tan aguda.

—¿Comunicará usted todo esto, verdad?

—Por el momento, no. Y le ruego que me guarde el secreto… Omicrón va a dictarme ciertas fórmulas que revolucionarán todo lo que sabemos hasta ahora. ¡Imagínese! Un hombre que ha vivido y estudiado cerca de diez mil años.

—Lovett habló de dos mil…

—Lovett deliraba e intuía simplemente, mi querido doctor,

—¡Diez milenios de saber reunidos en un solo cerebro!

—¿Se da cuenta?

—Parece imposible.

—Entre otras cosas, Omicrón nos enseñará a manejar la energía del átomo como si fuese la eléctrica… Ha descubierto el principio de la desgravitación…

—¡Lástima que no se haya dedicado a la medicina!

—Sabe mucho de todo; pero ha sido la Física su materia preferida.

—Es admirable.

Y venciendo el reparo que hasta entonces había tenido, se dirigió por vez primera, a Omicrón.

—¿Qué piensa usted de las enfermedades, mentales, señor…?

Y el robot habló:

—No existen enfermedades mentales, doctor.

—¿Eh?

—No. Ya han empezado ustedes a intuir algo al hablar de trastornos existenciales en la esquizofrenia.

—Pero…

—Igual es para todas las demás: psicosis maníaco depresiva; obsesiones. Todo lo que no responde a una lesión orgánica o funcional como, por ejemplo, la epilepsia, son formas de existencia…

—¿Cómo explica usted eso?

—Muy sencillamente… Lo que ustedes llaman en la Tierra enfermos mentales, son criaturas completamente normales…

—¿Eh?

—Sí. Sólo que iban dirigidas a otros universos.

—¿Cómo?

—Lo he dicho claramente… Cuando una criatura sufre un trastorno que podíamos llamar «direccional» y desemboca en un universo al que no estaba destinado, se convierte en un anormal para los demás… ¿No ocurriría así si un venusiano naciese en la Tierra, doctor?

—Es… formidable.

—El aparato que ha ideado el profesor Taylor puede solucionar todos esos problemas, doctor.

—¿De verdad?

—Sí. No habrá más que enviar a sus respectivos universos a esas criaturas que llegaron a éste, equivocadamente… Reintegrados a su correspondiente mundo, serán allí tan normales como usted en el vuestro.

—¡Eso echará por tierra la Psiquiatría!

—¿Y qué puede importar? El hombre ha ido ideando ciencias en su ansia por explicarse todo… Pero sus ideas han de ir cediendo ante la maravillosa ordenación de todos los cosmos posibles.

Los ojos del médico brillaban.

—¿Puedo pedir una cosa, señor Omicrón?

—Lo que desee…

—Querría ser el primero en comunicar, cuando ustedes lo permitan, esas novedades revolucionarias.

—Concedido.

—Gracias.

Y el médico se levantó, con ganas de tender la mano al robot, pero sin separar los ojos del frasco que contenía el cerebro.

—Voy a ocuparme de Lovett…

—Bien… Le acompaño.

Salieron, dejando a Omicrón en la habitación.

—¿Qué le parece, doctor?

—¡Una maravilla! ¡Algo estupendo!

Lovett seguía cuidado por las dos muchachas.

EPÍLOGO

Han pasado muchos años.

Gracias a las maravillosas enseñanzas de Omicrón, que se ha convertido en el asesor del nuevo Gobierno mundial, la vida sobre la Tierra ha cambiado totalmente de aspecto.

Durante muchos años, el hombre había soñado en salir de su planeta de origen, viajando por los espacios. Pero, desde la llegada de Omicrón y el perfeccionamiento del aparato inventado por Taylor, los astronautas han cedido el paso, humildemente, a los «cosmonautas», que se mueven hoy, visitando todos los universos posibles.

Así se ha llegado a comprender la grandeza verdadera de la Creación, que nadie podía ni sospechar antes. Todos los universos son posibles y en ellos, como ratificación de una Ley inconmovible, la criatura humana lucha por su perfeccionamiento, contra un mal que existe en todas partes.

Los hombres que viajan por los nuevos «interespacios», los «cosmonautas» han aprendido a amar a sus semejantes, habiten éstos en un átomo del polvo que flota en el aire o en una molécula en el seno de una gota de agua.

Taylor tiene ya dos hijos, uno de ellos dedicado por entero a la Física y otro, como el hijo mayor de Lovett, viajero incansable de los «interespacios», conocedor de átomos habitados y amigo de ese sinfín de criaturas que sólo los poetas supieron entrever en la maravillosa armonía del Cosmos.

FIN